¡NO PIENSO BESAR AL GRINCH!

ELSA TABLAC

¡NO PIENSO BESAR AL GRINCH!

ELSA TABLAC

Contenido

CRÉDITOS
SINOPSIS
¡No pienso besar al Grinch!
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
TAMBIÉN DISPONIBLE
NEWSLETTER
Otros títulos

¡NO PIENSO BESAR AL GRINCH!

Primera edición: Noviembre 2023

Copyright © Elsa Tablac, 2023

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Amy ha superado con éxito uno de sus peores días.

Tuvo la brillante idea de enviarle una nota con su teléfono a un atractivo millonario en un restaurante, con desastrosas consecuencias.

De regreso a la oficina, una ventisca arruinó su mejor bolso.

Y por último conoció a Josh, —guapo pero insoportable—, que la saca de un lío solo para reírse de ella a carcajadas después.

Menos mal que la Navidad está a la vuelta de la esquina y será el colofón perfecto de esta comedia de amor urbano, líos en la oficina, maldiciones sinsentido y un encuentro con el mismísimo Grinch en la pista de hielo más famosa del mundo.

¡No pienso besar al Grinch!

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

¿En qué momento pensé que enviarle una notita al cliente más atractivo del restaurante era una buena idea? Oh, y más interesante aún: ¿cómo llegué hasta ella?

No lo sé.

Ponte en mi lugar. Tenía un día complicado. No pensé, solo actué.

Esta es, más o menos, la secuencia de los hechos. Lo que pasó:

Estaba a punto de llorar sobre mi postre favorito, la única razón por la que solía pisar *Owen & Joshua*, un pequeño restaurante situado en Houston Street con Orchard. Solía ir a comer por un motivo muy simple: tenían las mejores natillas de mango del planeta. Así de básica soy para algunas cosas.

Fue entonces cuando una curiosa pareja llamó mi atención. Él era una especie de dios griego, alto, elegante, con la onda perfecta de pelo cayendo sobre su frente. Tenía unos treinta y cinco años si mis cálculos no me fallaban. A pesar del carísimo traje destilaba una especie de familiaridad y cercanía que no solía notar en gente que venía del dinero.

Estaba ligeramente bronceado a pesar de que ya estábamos a principios de diciembre y era de esos hombres que sonríen por defecto. Hay muchos así en Manhattan y sin embargo parecía único.

Más único me pareció aún cuando nuestras miradas se cruzaron y todo fue como ese tiempo-bala de Matrix. La realidad se congeló unos instantes y el ajetreo del restaurante se detuvo. Esto, por supuesto, era todo producto de mi imaginación. Pero mi imaginación también forma parte de mi realidad.

El dios griego iba acompañado de su madre. Supongo que inconscientemente eso fue lo que me atrajo de ellos en primera instancia.

Era una mujer de unos sesenta y cinco años, alta y espigada. Muy elegante. Usaba un *foulard* con gracia y vestía unas botas invernales que las señoras de su edad probablemente no habían descubierto y nunca lo harían. Era obvio que tenía cierto sentido de la moda.

Lucía una melena rubia platino de esas que disimulan bien las

canas y que bien planteada rejuvenece y da juego incluso para cambiar de peinado.

Se sentaron, como yo, al fondo del restaurante, junto a la pared, tres mesas más allá. Era la distancia suficiente para poder ver cómo interactuaban, pero realmente desde donde estaba no podía escuchar su conversación, cosa que me habría encantado.

La verdad: la razón por la que voy a comer sola y no con alguna de mis compañeras de la oficina es por lo mucho que me gusta observar y espiar conversaciones ajenas. ¿Es un trastorno? Tal vez. No lo sé.

El caso es que él me empezó a mirar de reojo, mientras yo me deleitaba con mis natillas de mango. Eran miradas breves, directas, de esas que se lanzan con la intención de conectar. No soy una ingenua. No es algo que me suela pasar. No porque los hombres jamás se giren a mi paso, si no porque cuando eso pasa yo no me doy cuenta. Así transito por el mundo, siempre perdida por el mío propio.

Eché el freno en la degustación de las natillas porque allí, entre el dios griego y yo, había algo, eso era más que evidente. No estaba alucinando. La mamá de mi futuro marido, es decir, mi futura suegra, hablaba sin cesar y él, claramente, había desconectado de esa cháchara para centrarse en mí, la joven solitaria y misteriosa que parecía estar teniendo orgasmos continuados con un postre.

Y entonces se me ocurrió LA IDEA.

El IDEÓN, más bien.

Una cosa brillante que jamás había hecho y que era loca en su justa medida. Un tomar un riesgo, un pisar con fuerza en esta ciudad en la que si metes la pata puedes salir corriendo y perderte por un laberinto de rascacielos de hormigón, porque lo más probable es que la persona que ha sufrido el agravio nunca vuelva a aparecer en tu camino.

Ese IDEÓN es algo de lo que mi querida Isabella “Bella” Foster, mi mejor amiga de la oficina, hubiese abominado. Adoro a Bella, ella es el único motivo real por el que no he cambiado de trabajo a estas alturas, pero opino en secreto que lee demasiadas novelas sobre mafiosos románticos. Aunque ella hubiese catalogado a *futuro marido con madre* como un objetivo de primera categoría, jamás me habría permitido hacer lo que hice a continuación.

Según las leyes de Bella, nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, debería yo acercarme a un hombre que me ha llamado la atención. Debe ser *él* quien lo haga.

Pero ese día estaba dispuesta a hacer todo lo contrario, porque se me ocurrió que hacía tiempo que no me guardaba ningún sucio secreto, y un hipotético fracaso podría convertirse en ese recuerdo vergonzoso que jamás le contaría a nadie.

Doblé el papel con el menú que servía como mantelito a mis natillas de mango, rompí una esquina en forma de cuadrado y busqué

un boli en mi bolso. Siempre llevaba un bolígrafo porque en esta ciudad, en cualquier momento, te puede surgir una situación de este tipo.

Esto es lo que garabateé, debo reconocer, con caligrafía temblorosa:

¡Hola! Me has parecido interesante. Y creo que yo a ti también. Bonito traje, por cierto. Este es mi número, tal vez podemos tomar algo un día de estos.

222-356.789

¡Ah! Mi nombre es Amy.

Patético. Lo sé.

¡Ay, perdón! Le dije mi nombre antes a él que a vosotros. Soy Amy Lewis, vivo en Nueva York, trabajo en una agencia de representación de *influencers* y en ese preciso instante estaba a punto de hacer uno de los mayores ridículos de mi vida.

Prosigamos.

Redactada la nota, no muy elaborada, la verdad, llamé a uno de los camareros.

Uno con gesto malhumorado que acababa de quejarse en voz alta a una de sus compañeras porque estaba empezando a nevar, y que parecía molesto porque yo no acababa de pedir la cuenta y largarme.

—¿Café? —me preguntó.

—No. Me gustaría que le entregases este papelito a ese caballero de ahí. El que está almorzando con su madre.

Le entregué el papel y le cambió la cara al instante. Su ceño fruncido se transformó en una sonrisa irónica que, por cierto, le hacía más atractivo.

—Ya. Una nota. ¿Puedo leerla?

—¿Cómo? ¡Por supuesto que no! ¿Por qué ibas a hacer tal cosa?

—Es que si esto es lo que creo que es…

—Solo dásela. Y prepárame la cuenta, por favor.

Supongo que inconscientemente estaba también preparando mi huida.

En fin. El tipo debió entender que su propina dependía de esa pequeña misión, así que sonrió, cerró el pico, y se acercó a la mesa de *futuro marido*. Le dejó el papelito junto a una cuchara y susurró algo cerca de su oído.

Su madre, que en ese momento bebía de una distinguida copa de *champagne* (en serio, ¿quién se pide *champagne* para almorzar? Eso es

otro nivel), abrió mucho los ojos y empezó a hiperventilar, mientras su hijo leía la nota que yo había escrito.

Fue solo un segundo.

Me miró, sonrió,...y después tuvo que atender a su madre.

Si hubiese sido enfermera habría acudido rauda y veloz a ver qué le pasaba a la señora, pero por suerte no se había atragantado. Estaba enrojeciendo…debido al soberano cabreo que la invadió de repente.

Le arrebató mi nota al dios griego con un movimiento certero y unos reflejos envidiables.

—Pero…¡qué es esto! ¿Es que no paras ni un momento, Blake? ¿En serio? ¿Ni siquiera cuando vas conmigo?

Se giró en su silla como si fuera un robot, como si su cuello se hubiese entumecido de repente. Sus ojos de asesina me aterrorizaron. Miré alrededor de la sala, buscando a mi camarero, que permanecía detrás de la barra observando el espectáculo, mientras secaba un vaso y sonreía satisfecho.

Entonces llegó la debacle.

Blake —al menos ahora sabía su nombre— extendió las manos ante la cabreadísima dama, revelando su inocencia. Y la señora apuró el *champagne* que le quedaba en el vaso, y acto seguido lo lanzó en mi dirección. Por suerte tengo buenos reflejos. Me aparté en el momento justo, antes de que impactara en mi cara.

Supongo que ese fue el momento en que saltaron las alarmas. El camarero acudió al rescate. Me ofreció su brazo y me sacó de aquella sala.

—Ven. Acompáñame por aquí.

Supongo que se apiadó de mi cara de póker. Me llevó hasta la cocina del restaurante y me condujo hasta una de las puertas traseras, una que comunicaba con un callejón que nunca había visto.

Supongo que habría agradecido que en ese momento hubiese una alcantarilla mal colocada en mi camino, una que me devorase y me llevara a vivir para siempre con las ratas de Nueva York, porque jamás había pasado semejante vergüenza. Bueno, sí, un poco más, justo cuando el camarero me dijo:

—Intenté advertírtelo, pero era todo demasiado divertido. La señora que estaba con Blake Emmons no es su madre. Es su novia.

El camarero explotó en una sonora carcajada.

Las emociones que me invadían eran intensas y cambiantes. Ya no era pudor y sonrojo. Era un soberano cabreo. Eran ganas de…asesinar.

Me planté delante de él. De repente también tenía ganas de arrojar objetos.

—¿Por qué no me avisaste?

—Te lo acabo de decir. Era demasiado divertido.

Gruñí. Me di la vuelta, decidida a huir de aquel callejón.

—¡Eh! ¡Me llamo Josh! ¡De nada! —gritó a mi espalda el irritante camarero —. ¡Y se acerca una tormenta!

Enarbolé el dedo corazón en el aire, y esa fue toda mi despedida. ¿Qué se había creído? Lo odiaría si no fuese porque jamás pensaba volver a aquel maldito restaurante, el lugar del crimen.

Cuando llegué al bullicio de Houston Street me di cuenta de que me había ido sin pagar.

Casi me arrodillo en ese momento para poner a Dios por testigo de que esa había sido la primera y la última vez que yo me dirigía a un hombre sin que me hubiese hablado él primero. Sin que hubiese mostrado un interés *muy* evidente en mí.

Al fin y al cabo, a lo mejor las leyes de Bella no estaban tan desfasadas.

CAPÍTULO 2

Bella me observaba perpleja mientras yo me secaba el pelo en el baño de la oficina. Ella era la propietaria del secador, todo gracias a su bolso de Mary Poppins. No era la primera vez que Bella acudía a mi rescate poniendo en mis manos justo lo que necesitaba.

A cambio de información, por supuesto. Se paseó delante del espejo, algo inquieta.

—Pero, no entiendo. ¿Por qué saliste a la calle en mitad de una ventisca sin un mísero paraguas? Estoy segura de que Mordor hubiese entendido que te quedases en el restaurante un rato más. Y esperar allí a que parase el vendaval.

—Sinceramente, Bella —contesté yo, solemne—. No te puedo dar ninguna explicación lógica. Salí a la calle y caminé casi sin darme cuenta de que me estaba empapando. No recuerdo ni cómo llegué a la oficina. Iba pensando en…mis cosas.

Mordor era nuestro jefe, Austin Berwick. Un ser omnipresente que se esforzaba en mantener las dinámicas de la oficina ancladas en los noventa, a pesar de que trabajábamos en el mundo digital, principalmente con post-adolescentes que se dedicaban a hacer vídeos en Tik Tok.

Obviamente Andrew no podía saber que le llamábamos *Mordor*. Supongo que no le haría mucha gracia. Pero Bella y yo prácticamente hablábamos en clave. Y a pesar de ello, no estaba preparada para contarle a mi compañera lo sucedido en el restaurante.

Primero, porque se reiría de mí. Y eso era lo último que necesitaba ese día. Segundo, porque la información era poder y no quería alimentar a la bestia más de la cuenta.

Veamos. La tormenta.

En cuanto puse un pie fuera del callejón, huyendo del tal Josh, el camarero traidor, se desató una especie de tormenta apocalíptica en el cielo de Nueva York. Era como Mad Max pero con aguanieve. Y sí, en lugar de resguardarme en cualquier sitio y esperar avancé por la acera hasta la oficina, como si estuviese en trance, protegiéndome la cara con un bolso de Miu Miu que ahora estaba arruinado.

Sí, un bolso de diseño de Prada. El único medio decente que tengo y mi posesión más preciada, arruinado por mi propia inconsciencia. Tenía ganas de llorar. Para colmo, no tenía ropa de recambio en la oficina —Bella me prestó una camiseta y unos *leggings* negros que utilizaba para sus clases de kickboxing; y por suerte había desempolvado un secador. Pero daba igual, mi dignidad y mi bolso estaban destruidos y lo peor eran las ganas de llorar.

Cualquier persona normal hubiese respirado hondo y se hubiese recluido en su cubículo a gimotear disimuladamente o a seguir trabajando. Bien. No es lo que yo hice.

Me senté en mi mesa, sí, vestida como si fuese a correr la maratón de Nueva York a pesar de que en una hora y media tenía una reunión importante, pero como soy alguien a quien le cuesta aprender sus lecciones, encendí mi ordenador, abrí Google en el navegador y tecleé el nombre del dios griego:

B-L-A-K-E-E-M-M-O-N-S

Quería saber, encontrar respuestas. Quería que ese cajón de sastre llamado internet me ofreciese las claves de mi existencia. Y quería saber datos sobre Blake Emmons, el destinatario de mi notita, pero sobre todo quería averiguar quién era la dama que lo acompañaba, la misma que quiso estampar una copa de cristal en mi cabeza.

Pasé una buena hora perdiendo el tiempo en internet, justo hasta que empezó mi reunión. No encontré nada, lo cual no debería sorprenderme. Blake tenía pinta de ricachón, guapo pero acaudalado, y los ricos no permiten tan fácilmente que sus datos circulen con alegría por la red.

Entré en la reunión frustrada, y con un cabreo que iba en aumento. Ya no por Míster Emmons y su novia de edad avanzada —allá cada cual con sus preferencias personales, nada que objetar—, sino por la irritante reacción del camarero.

Me había ido sin pagar y provocando un tumulto, está bien, y tampoco fui la persona más agradecida del mundo cuando acudió a rescatarme. Podría haber terminado con mi bonita cara rajada y él lo impidió, pero por otra parte había permitido que aquella nota tan poco apropiada circulase. Y se había reído. Le había parecido todo muy gracioso. Ugh. Odioso.

—Yo creo que Amy puede ocuparse de eso —una voz cavernosa me despertó de mi ensoñación.

Era Mordor, requiriendo mis servicios y mi atención. En aquel cuartucho, la sala de reuniones que tanto me recordaba a esas salas de interrogatorios que salen en las películas, nos acompañaba Lizzy Bliss, una *influencer* en auge que necesitaba una *canguro* para un evento de

moda cerca de Times Square el viernes.

Tal honor iba a recaer en mí, por supuesto. Solo porque fui la única que cometió el error de cruzar la mirada con él.

—¿Amy? ¿Entonces? ¿Contamos contigo?

Un gritito de felicidad salió de la garganta de Lizzy.

—¡Ay, sí! ¡Amy! Lo pasaremos genial.

—Estupendo —dijo Mordor, dando todo por sentado—. No tenías planes para el viernes, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Supongo que ya no.

—Perfecto. Serán solo un par de horas. Pero ya sé que luego os lo pasáis tan bien en estos sitios que no os queréis marchar a casa.

Soltó una absurda carcajada que encima provocó que se atragantara.

Abrí la boca para protestar pero la experiencia me decía que en estas situaciones, en una sala llena de compañeros de trabajo y con la clienta de cuerpo presente, el silencio solía beneficiarme.

Era alucinante la capacidad manipulativa de nuestro jefe. Se las había apañado para girar la tortilla una vez más y convertir el equivalente a un paseo primaveral por Central Park en un moderado infierno.

Y supongo que me tenía que sentir agradecida porque nadie comentase nada acerca de mi desastroso aspecto.

Esa noche, como entenderéis, no estaba para farolillos de ningún tipo. Hacía siglos que no tenía un día tan duro. Me fui directa desde la oficina a casa, a mi minúsculo apartamento del Bowery —cuando digo minúsculo me refiero a que a veces tengo la sensación de ser observada por una entidad superior, como si viviese en una casa de muñecas—.

Ahogué un sollozo en cuanto cerré la puerta y vi que la ventisca había entrado de lleno en casa a través de un cristal roto que me tendría que ocupar de reparar. Un problema más, ¿por qué no? No tengo suficientes.

Me fui directa a la cama y me lancé sobre el colchón. El somier crujió, y eso me recordó que debía emplear el dinero que no tenía y con el que, por cierto, pretendía reemplazar mi arruinado bolso de Miu Miu en una cama nueva, si no quería dormir en el suelo en breve. Por suerte, si eso pasaba nadie sería testigo, pues Blake Emmons no estaba en esos momentos a mi alcance.

Me dio un escalofrío al recordar la vergonzosa escena del restaurante, ya en la soledad de mi habitación. Se me pasaban mil cosas por la cabeza, todas a la velocidad de la luz: que jamás volvería

a enviar una nota a un hombre, ni a mirarlo siquiera, ni mucho menos a darle alegremente mi número de teléfono —*dios mío, Amy, con lo maniática de la privacidad que eres; y la cantidad de conspiranoias de espionaje cibernético en las que crees como si fuesen tu única religión*—.

Pensé también que debía encontrar la manera de hacerme yo misma esas deliciosas natillas de mango, qué demonios, iba a buscar la receta en internet de inmediato y rezar para que se parecieran solo una décima parte a las que hacían en *Owen & Joshua*.

También pensé en el camarero y en cómo me extrañaba no habérmelo encontrado ya media docena de veces en las calles de Nueva York, con lo propensa que soy últimamente al desastre.

Pensé en su cara de mosqueo cuando contempló el temporal a través de la ventana. Ese gesto había sido lo único que me había hecho olvidarme unos instantes de Blake Emmons y de su enervada acompañante.

No sabía de nadie a quien le cabrease tan visiblemente la llegada del invierno o de un temporal. La nieve puede ser un incordio y arruinarte un abrigo o un bolso en solo unos minutos, pero es preciosa, y hace que esta ciudad eléctrica se transforme en una postal aún más perfecta. Y sin embargo a él no, a él le fastidiaba. ¿O tal vez era la llegada de la Navidad? Curioso. Es una época en la que los comercios se llenan, y los restaurantes y todo el mundo en general anda más ocupado y, en su caso, seguro que eso se traducía en más propinas.

Y ese pensamiento me llevó de nuevo al hecho de que no había pagado mi menú, ni mis natillas de mango ni le había dado una propina a Josh —ese era su nombre, según había gritado a los cuatro vientos— por haberme sacado del atolladero. Pero por otra parte suficiente propina eran las buenas risas que se habría echado durante el día pensando en mi ridículo avance.

Y luego, justo antes de dormirme, sin desmaquillarme, y aun vestida con la ropa de deporte de Bella, visualicé de nuevo a Josh, el camarero, y pensé que qué pena que fuese tan idiota siendo tan atractivo. No acostumbro a fijarme en los camareros porque solo suelen ser simpáticos en pos de sus propinas y porque sinceramente, no estoy en esa onda adolescente, pero me di cuenta de que no había olvidado su cara, ni su perfecta sonrisa, ni cómo yo misma le había alegrado el día a pesar de la ventisca.

CAPÍTULO 3

Jueves. La semana avanzó con más pena que gloria pero todo apuntaba a que iba a llegar al fin de semana con la cabeza bien alta, a pesar del pequeño incidente del restaurante, la copa voladora y la nota desafortunada.

En esos días había experimentado nuevos sentimientos al respecto: vergüenza, paranoia (por el hecho de que mi número de teléfono rondase por ahí), resquemor, y también una especie de esperanza rara e incomprensible. La cuestión es que allí estaba de nuevo, frente a la puerta de *Owen & Joshua,* con la esperanza de que Josh no trabajase ese día.

No era masoquista, había un motivo de peso para que yo me plantase ahí después de la debacle: no había conseguido encontrar por mis medios la receta de las natillas de mango. Y quería pedir, sutilmente, si me la podían facilitar. También quería pagar el menú del otro día, primero porque si no no habría receta y segundo porque tengo una fobia irracional a deberle dinero a alguien.

Fui estratégica, llegué al restaurante pasadas las tres de la tarde, cuando ya habrían terminado todos los turnos de almuerzos. Es decir, a la hora del postre.

Entré en el restaurante de la manera más discreta que pude.

Torcí el gesto en cuanto vi a Josh, el camarero, contando billetes detrás de la barra. ¿Se podía tener menos clase? Contar las propinas en público era algo que no hacían ni los villanos de los dibujos animados. Me sacudí la nieve junto a la puerta, —la primera nevada seria había llegado la noche anterior—, respiré hondo y caminé con paso firme hacia él.

Lo que hace una por las malditas natillas.

—Vaya. He aquí la última persona a la que esperaba ver hoy.

El restaurante estaba prácticamente vacío. Eso era de agradecer. Por si volaban más vasos. Decidí morderme la lengua, hacer lo que había venido a hacer y no regresar nunca más.

—He venido a pagarte —anuncié, muy digna—. La otra vez, con las prisas, y el temporal, se me olvidó.

Josh arqueó las cejas, y después sonrió. Me fijé en los hoyitos que se dibujaron en sus mejillas y enseguida pensé, solo durante una

décima de segundo, que hundir mi lengua en ellos no estaría nada mal. De su cara bajé la vista hacia sus brazos. Eran fibrados y tenían un curioso tono muy poco acorde con el tránsito que llevábamos por el mes de diciembre. Parece que en aquel restaurante todo el mundo estaba muy moreno a las puertas del invierno. Y eso solo significa dinero para volar a menudo al sur.

—Estabas invitada —me dijo.

—Oh, no. De ninguna manera.

Puse un par de billetes sobre el mostrador. Él los miró y suspiró.

—¿Puedo ayudarte con algo más, Amy?

—Vaya, no recuerdo haberme presentado.

—No hacía falta, lo vi…en tu nota.

—¡No me digas que la leíste!

—Lo siento. Me temo que sí. Antes de entregarla a su destinatario. Y no puedo *desleerla.*

Decidí no enfadarme.

—Da igual, prefiero no hablar de ese tema.

Josh respiró hondo y apoyó los brazos en la barra.

—¿Puedo invitarte a un café?

—No, de hecho he venido a pedirte un pequeño favor.

Miró a izquierda y derecha.

—No, Emmons no ha vuelto por aquí. Creo que después del espectáculo del otro día su *sugar mama* lo tiene atado a la cama.

Daba igual mis esfuerzos. Estaba a punto de indignarme. ¿Por qué insistía en sacarme de quicio? ¿Por qué quería convertir aquel breve intercambio, aquella insignificante conversación en una competición que ni siquiera me interesaba ganar?

Decidí ignorar sus provocaciones.

—Querría la receta de vuestras natillas de mango.

Josh explotó en una sonora carcajada. Después reflexionó unos segundos.

—Me temo que eso no será posible. Es nuestro postre estrella. El que más nos piden. Y es una receta *top secret*. Pero puedo hacer otra cosa. Puedo invitarte a unas ahora mismo.

Resoplé. ¿Por qué insistía en invitarme? No quise decirle que me había pasado una noche en vela buscando una receta convincente en internet y que el resultado en la cocina había sido desastroso. Pensé de nuevo en el silencio, eso que supuestamente tanto me favorecía cuando echaba mano de él.

—¿Por qué no le preguntas al chef? —insistí.

—No hace falta. Conozco muy bien la política de este sitio. Y la receta de ese postre es una especie de secreto milenario que proviene de una de las abuelas de Owen, y que por ahora, al menos hasta que este restaurante sea el más puntero de Manhattan, no vamos a revelar.

Y ahora, ¿aceptas un postre?

Me senté en la barra. Era tal mi devoción por aquel manjar que estaba dispuesta a aguantar su cháchara presuntuosa durante diez minutos más. Si esa era la última vez que iba a pisar ese sitio también sería la última que probaría las dichosas natillas. Así que iba a hacer el esfuerzo.

Josh se dio la vuelta y se perdió en la cocina. Una de las camareras, la que recogía las dos últimas mesas, se dirigió a la parte trasera de la barra y se quitó el delantal.

—¡Josh! ¡Me largo! Te quedas al mando.

Le lanzó un beso antes de coger su abrigo e irse. Sentí…algo. Oh, Dios, ¿había sido un pequeño destello celoso porque ella tenía acceso a la fórmula secreta de mis natillas?

Josh salió de la cocina con un bol en la mano. Lo colocó sobre la barra delante de mí. Me ofreció una cuchara.

—Disfrútalo, por favor.

Después corrió hacia la puerta, donde la camarera parecía estar preparándose psicológicamente para una inmersión en el frío Manhattan.

—¡Eh, Frances! ¿Cuento contigo para la inaguración? —le preguntó.

Comer y espiar al mismo tiempo era algo que podía hacer. Se me daba bien.

La tal Frances ya salía corriendo por la acera.

—¡Seguramente sí! —exclamó.

—Bien, ¡nos vemos!

Josh contempló los copos de nieve a través del ventanal y, por un instante, su aparente buen humor se esfumó. Después regresó a mi lado y fue evidente que hizo un esfuerzo por parecer el pequeño capullo arrogante y listillo que había sido desde el principio.

La verdad, no tenía la menor idea de por qué quería transitar esa senda. No era algo que pudiera salir bien, si tenía un mínimo interés por caerme en gracia; y eso es algo que los camareros siempre tienen en cuenta. No soy yo alguien que se prive de escribir una mala reseña en TripAdvisor cuando un sitio no me convence.

—¿Por qué odias tanto el invierno? —le pregunté, a pesar de que me interesaba un poco más saber qué era lo que inauguraba.

Tenía pinta de artistilla resabido. De esos que pintan cuadros abstractos de grandes dimensiones, que afirman con grandes aspavientos que son artistas, y que lo de trabajar en un restaurante es algo *temporal.* Conozco varios de esos, sí, porque algunos se han hecho *influencers,* así que los sufro a menudo, en mi día a día, en mi bandeja de correo.

Les encantan los trabajos para adolescentes porque, de hecho, lo son eternamente y tienen una paciencia infinita para esperar la gran oportunidad que vendrá disfrazada de dama adinerada propietaria de una de las galerías más punteras del Soho.

—No odio el invierno —me dijo—. Es solo que no me gusta la Navidad. Y está a la vuelta de la esquina. Otra vez. Es como si siempre fuera Navidad en esta maldita ciudad.

Creo que parpadeé innecesariamente, por pura incredulidad.

¡Vaya! Lo que sospechaba. Un *hater* de la Navidad. ¡Si es que lo tenía todo!

Aún así soy una chica elegante y discreta, y decidí no indagar en lo que a todas luces parecía una herida que aún supuraba.

Josh volvió a la carga:

—Y tú, ¿por qué le enviaste una nota con tu teléfono a Emmons?

Al parecer a él no le importaba hurgar en heridas ajenas. Pensé a toda prisa, buscando una excusa creativa y convincente.

—Fue solo una apuesta. Un pequeño reto personal.

Me observó perplejo.

—Ya. ¿Y perdiste?

—No. Gané.

—¿Qué ganaste?

—Salir de mi zona de confort.

Se rio. Cogió un vaso que ya estaba seco y empezó a sacarlo de nuevo con el paño que colgaba de su cinturón.

Miré mi reloj. El plato estaba reluciente y aquello no tenía más recorrido. Miré un segundo a Josh y pensé que esa era la última vez que nos veríamos, y que… adiós muy buenas.

—Tengo que volver al trabajo.

—¿Trabajas por aquí cerca?

—Sí.

—Entonces espero verte de nuevo, tengo todas las natillas de mango que quieras. Siento no poder compartir contigo la receta. De todas formas…

Se acercó un poco a mí por encima de la barra. Capté un olor delicioso, que no tenía nada que ver con la cocina de un sitio como aquel, ni con el mango, ni con las propinas. Era un aroma varonil y delicioso de los que me hacían girar la cabeza en las pocas ocasiones en que los captaba por la calle.

—Intentaré conseguir la receta. Te prometo que yo no la tengo, pero tengo contactos en esa cocina —dijo, señalando por encima de su hombro.

Esbocé una tímida sonrisa. A lo mejor Josh no era tan cabrón como se había empeñado en parecer. Desde luego, si me conseguía esa receta íbamos a poder ser amigos. Estuve a punto de abrir la boca, de

hablar más de la cuenta y de decirle que trabajaba en una agencia de *influencers* y que tal vez le podíamos dar un pequeño empujoncito a la afluencia del restaurante, pero me detuve a tiempo y me pregunté si aún no había escarmentado.

Mi gran problema era que trataba todo el tiempo de ser *gustable*, de llamar la atención de un caballero (y oh, sorpresa, resultaba que NO lo tenía delante en ese momento), correspondiendo con mis largos tentáculos laborales.

Sonreí. Dejé que aquel esbozo de sonrisa, aquel entierro simbólico del hacha de guerra, hablase por mí. Lo suyo era una invitación a volver a encontrarnos. La decisión era solo mía.

—Ya veré. He de irme…Josh.

Me dirigí hacia la puerta y oí una voz a mi espalda.

—¡Eh, Amy!

Me di la vuelta para contemplarlo, tal vez, ahora sí, por última vez en mi vida.

—Yo te habría llamado.

—¿Qué?

—Si hubiese sido Blake Emmons. Yo te habría llamado en cuanto ese pedazo de papel hubiese caído en mis manos. Menudo idiota.

CAPÍTULO 4

Me quedaba un pequeño escollo antes de entregarme en cuerpo y alma a mi plan secreto de finde. Iba a dedicar todo el sábado y domingo a mi "salud mental".

Mis legendarios fines de semana de "salud mental" consisten en comprarme mis chucherías favoritas; pasear por mis librerías de referencia y comprarme dos o tres dramones románticos tipo Colleen Hoover, pasarme el día y la noche en pijama y calcetines e ignorar a todo el mundo. Es decir, guardo el teléfono en un cajón y vuelvo a encenderlo el domingo por la noche.

¿Es o no es un plan perfecto?

Por desgracia no puedo llevarlos a cabo a menudo. Vivo en una ciudad con demasiadas tentaciones y demasiados planes irrechazables. Para colmo, ahora mi jefe me ocupaba mi tiempo personal con eventos absurdos de *influencers* en los que tampoco hay mucho que hacer, más que apalancarse junto a alguna barra con un cóctel en la mano y contemplar el lamentable espectáculo.

Era viernes a mediodía y en breve la oficina empezaría a vaciarse. Estiré por última vez de la manga de Bella, que se sentaba en la mesa de al lado.

—Por favor. Acompáñame esta noche. No aguanto a Lizzy Bliss.

Bella se rio.

—Sabes que cualquier otra noche te acompañaría. Pero esta noche es la tercera cita con Andrew. ¿Sabes lo que eso significa, no? ¡Tercera cita!

—¿Significa que os vais a acostar?

—No, Amy, significa que estamos alcanzando un punto de no retorno. Él ya no puede esfumarse sin dar una explicación. O al menos, no lo tiene tan fácil.

—¿Cómo puedes salir con un tipo que se llama como nuestro jefe?

—¡Pero si le llamamos Mordor!

La miré. Creo que asentí mientras me compadecía de Bella. No quería decirle que estaba totalmente equivocada, que por supuesto que el tal Andrew podía hacer una bomba de humo y no volver a llamarla si le daba la gana, pero no tenía ganas de desmoralizarla. Ya

le ofrecería mi hombro si necesitaba llorar, porque yo no me permitía ofrecer consejos después de mis últimos desastres.

—Además… es evidente que Lizzy Bliss te adora —continuó Bella —. El otro día, después de la reunión, me dijo que había firmado con esta agencia solo porque estabas tú. Que tenía otras opciones. Que una amiga suya le había dado excelentes referencias de ti. Y eso Mordor lo sabe.

—Eso está muy bien, pero no cubre la subida de alquiler de mi apartamento, que por cierto se cierne ya sobre mí. Pronto, ya puedo olerla…

—No seas dramática, Amy. Sobre el evento, ni siquiera tienes que quedarte. Solo acompáñala, vigila que no meta la pata en el *photocall* y después te largas a tu fin de semana de salud mental, o lo que sea que hagas estos días. Ya estás otra vez rodeándote de tu halo de misterio.

Eso era cierto. Bella me acompañaba siempre que podía, mucho más que yo a ella, y de todas formas en los últimos tiempos nuestra presencia en los eventos de nuestros *influencers* no era tan obligatoria.

Me despedí de ella un rato antes de lo habitual. Mordor no decía nada si nos marchábamos antes a casa porque teníamos que acudir a un evento esa noche —y pobre de él si lo decía—, y además quería revisar mi armario.

Una vez en casa me detuve delante de un montón de ropa inabarcable.

Intentaba "editarla" continuamente, desprenderme de la que no usaba. Las marcas nos regalaban bastantes prendas, en teoría dirigidas a nuestros *influencers*, pero nosotras nos quedábamos con lo que ellos descartaban. Mi objetivo era, entre toda aquella maraña, encontrar algo discreto, más o menos elegante y, especialmente, algo con lo que no pasara frío.

A las siete de la tarde estaba más o menos arreglada y maquillada, metida en el coche que le enviábamos a Lizzy para llevarla hasta el evento, muy cerca del Rockefeller Center. La esperé sentada en el asiento trasero, revisando mis e-mails por última vez hasta el lunes.

Oí un golpecito en el cristal. Levanté la vista y la vi allí, resplandeciente y perfecta, como siempre. Estiré el brazo y abrí la puerta. A Lizzy le encantaba acudir a eventos.

—¿Preparada? —le pregunté, forzando mi sonrisa más profesional.

—Sí, pero no tanto como tú. ¡Estás espectacular, Amy!

Subió al coche. Le indiqué al conductor que arrancase y Lizzy me entretuvo con su cháchara mientras se retocaba compulsivamente en el espejo.

Voy a revelar el verdadero secreto de mi presencia en el evento de esa noche.

Una conocida marca de relojes abría una nueva tienda en la ciudad y había invitado a su fiesta a unas cuantas caras conocidas —presumiblemente con muchos seguidores en redes.

Mi única misión, en realidad, no era "controlar" que todo fuese bien con Lizzy. No. Lizzy era mayorcita y tenía su propio negocio. No era una cabeza hueca. De hecho le iba bastante mejor en la vida que a mí.

Lo que tenía que hacer para que la noche fuese un éxito era simplemente sujetarle el bolso mientras posaba para la prensa. Ya está.

Bella y yo bromeábamos continuamente con nuestra condición de *sujetabolsos*, pero lo bueno era que eso sucedía al principio de cada velada, así que después solo tenía que asegurarme de que Lizzy se quedaba acompañada, o bien devolverla a su casa si estaba cansada tras su arduo trabajo, y después correr a recuperar mi vida, mis calcetines gruesos y el mando a distancia de la tele.

Lizzy me miraba de reojo. Algo le rondaba por esa cabecita.

—Oye, Amy, ¿tienes novio?

Si hubiese tenido algo en la boca me habría atragantado. Era una pregunta personal y no solía hablar de esas cosas con nuestras colaboradoras.

Pensé a toda velocidad en una respuesta ambigua. Generalmente soy una reina del lenguaje abstracto. Tengo el superpoder de hablar sin decir nada. Cuando quiero, por supuesto, últimamente intento recurrir al silencio.

Bajé la vista hacia mi iPad mini.

—No tengo demasiado tiempo para esas cosas ahora mismo —contesté, que era, en efecto, como no decir nada.

—Algunos amigos míos vendrán esta noche a la fiesta. Tal vez podría…

Lo que me faltaba.

Le lancé una mirada intensa y asesina que surgió efecto. No le quise decir a Lizzy que me esfumaría a la más mínima ocasión, pero sí le anuncié que estaba "algo cansada" porque había sido "una semana intensa".

Llegamos a la Quinta Avenida con la Calle 49. El conductor nos dejó justo en la esquina. A Lizzy le gustaba llegar andando los últimos metros, como la estrella terrenal y accesible que creía ser.

Enseguida avistamos una alfombra roja y el panel donde se habían dispuesto las marcas que patrocinaban el evento y que se habían sumado a los de los relojes. Suspiré al ver la marabunta que revoloteaba alrededor de las vallas de separación. Aquello sería fácil y rápido. Lizzy ya saludaba a alguien desde el coche y empezaba a llamar la atención de varios fotógrafos.

—Mi bolso —me dijo, entregándome sus tesoros—. Confío en que harás unas buenas fotos, Amy. Sin presión, ¿de acuerdo?

Puso su teléfono en mi otra mano. Genial. También tenía que hacer algunas instantáneas para sus redes. Su contenido.

Su *assistant*, la abejita que solía acompañarla y que esa noche brillaba por su ausencia, tenía que atender al funeral de alguien, pero aunque hubiese estado de cuerpo presente me habría tocado trabajar un viernes por la noche.

No sé en qué momento había sucedido. Solían gustarme los eventos. Hasta no hace mucho me entretenía observando a la gente, interactuando con ellos en algunos casos, siempre en un nivel superficial. A veces conocía a alguien interesante. Pero hacía tiempo que prefería pasar la noche en casa, leyendo un libro o viendo una película. Mi consuelo era hacerme esta pregunta: *¿pero eso le pasa a todo el mundo, no?*

Acabemos con esto de una vez, me dije, mientras veía como Lizzy Bliss posaba delante de las cámaras y algunas voces susurraban a mi espalda inquietudes del tipo, "¿esa quién es?".

En fin, mejor correr un tupido velo y no gritar a los cuatro vientos que lo que estábamos haciendo todos los días en esa oficina, durante ocho o diez horas o las que hiciesen falta, era todo una completa farsa. Esa era una idea deprimente que me invadía cada vez más a menudo y no podía dejar que me arruinase el fin de semana.

Pasados unos veinte minutos yo ya lanzaba miradas indiscretas a izquierda y derecha para preparar mi vía de escape. Estábamos dentro de la gigantesca tienda de relojes, despejada para la ocasión y convertida en una especie de discoteca. No había comida, pero algunos camareros se deslizaban de manera sinuosa cargados con copas que contenían un dudoso brebaje que yo no pensaba probar.

Aún cargaba con el bolsito de Lizzy. La buscaba por la pista del circo para entregárselo y quedar liberada. Al fin la localicé, a unos diez metros, y por una vez no estaba rodeada de uno de sus enjambres. Estudié el panorama. Charlaba con un tipo de esos que son guapos hasta de espaldas, de los que no hace falta que se den la vuelta para saber que son una joya.

Y sin embargo lo hizo.

Y casi me desmayo.

Resulta que Lizzy estaba hablando con Josh, el camarero irritante. El Grinch que no soportaba la Navidad. Ese era, en mi mente, el mote perfecto para él, sobre todo en temporada de ventiscas y nevadas. Josh era rabioso, disfrutaba medrando y haciéndote creer que está interesado en ti cuando en realidad lo que busca, lo que ansía, es

echarse unas buenas risas a tu costa.

Conozco muy bien a los hombres como él.

Te invitan a natillas de mango pero se guardan la receta para poder dosificártela y hacerte bailar claqué a su alrededor.

Me irritó encontrármelo allí. De repente estaba de nuevo enfadada con él.

Y me encontraba en un dilema. Quería irme, pero tenía que darle el bolso a Lizzy. Al mismo tiempo, quería observar todo desde la distancia, como un aguilucho en un montículo, y entender de qué podían conocerse aquellos dos, si existía interés mutuo y si podía escabullirme sin que me vieran.

Mientras seguía mirando a mi alrededor para ubicar, si era necesario, la salida de emergencia, oí una voz por encima de la música.

—¡Aquí, Amy! ¡Estamos aquí! ¡Ven a conocer a Josh!

CAPÍTULO 5

Me colgué el bolso de Lizzy al hombro y me di la vuelta, como si aquello no estuviera pasando. Como si hubiese mil Amys en la fiesta y yo solo pasaba por allí.

—¡Amy! —exclamó Josh—. ¡Qué sorpresa!

¿Por qué Dios mío, por qué?

Me giré de nuevo para encarar la situación con la máxima elegancia posible y decirles que tenía que marcharme. Lo peor de todo no era que esa noche no había hecho nada en particular para ponerme en ridículo. Me había mantenido en un discreto segundo plano, había saludado a un par de conocidos del mundillo y me había tomado dos cócteles ligeritos.

No. Lo peor era que no había virtualmente nada que impidiese a Josh contarle a Lizzy mi pequeño descalabro en el restaurante en el que trabajaba. Es decir, el asunto de la notita dirigida a Blake Emmons. Es más, a lo mejor ya lo había hecho.

—Estaba buscándote para darte esto —le dije a Lizzy, entregándole el bolso con su teléfono dentro—. He de retirarme ya, pero supongo que te dejo en buenas manos.

Miró la hora en su móvil y de paso chequeó si tenía algún mensaje.

—¿Ya? ¿Estás segura? ¡Es pronto!

—Tengo otro compromiso —mentí.

No podía decirle a Lizzy, con Josh delante, que me iba a dormir, simple y llanamente. Supongo que entraba bastante en contradicción con el hecho de que en el coche le hubiese dicho que había sido una semana agotadora.

Notaba la mirada de Josh clavada en mí. Estaba deseando participar de nuestra pequeña despedida, lo notaba.

—Este es Josh —me dijo.

Él dio un pequeño paso al frente.

—Hola, Amy. Sí, la conozco. Ha venido alguna vez por nuestro restaurante.

Forcé una sonrisa. De noche estaba un poco más guapo. ¿Eso era posible? O tal vez era aquella descontextualización, el hecho de verlo en un ambiente completamente distinto.

Josh estiró el brazo y me tocó el codo.

—¿Me esperáis un momento aquí? Voy a saludar a alguien.

Ni Lizzy ni yo contestamos, pero me venía genial que nos dejase un momento a solas.

—¿De qué conoces a Josh? —le pregunté a Lizzy. Me di cuenta enseguida de que mi pregunta sonaba un pelín agresiva, como si estuviese pidiendo explicaciones. Menos mal que Lizzy era una de esas personas que viven en un mundo arcoíris en el que cuesta captar los matices. ¡Y aún así estaba construyendo su propio imperio!

—Oh, pues buena pregunta…Diría que lo conozco de los eventos.

—¿Los eventos?

Recordé mi fantasía acerca de la supuesta vocación de Josh el Grinch. Artista. Pintor de cuadros abstractos y sobredimensionados.

—¿Alguna de sus exposiciones? —pregunté.

Lizzy se rio.

—Amy, no sé de qué me hablas. Josh tiene un restaurante. ¿Es ese al que vas, no?

—¿Qué?

—Mmmm…¿cómo se llama? La verdad es que yo aún no he oído, pero dicen que no está mal. ¿*Owen & Joshua*?

—¿Josh es…Joshua?

Lizzy me miró, entre alucinada y risueña.

—¡Pues claro! ¿No te lo dijo?

Me encogí de hombros. Quería desaparecer, esfumarme de allí con más intensidad aún. Me urgía.

Di un paso atrás. Mi lenguaje corporal me delataba.

—Te llamaré esta semana para ver qué tal con lo de los relojes, Lizzy —concluí, dando por zanjada la noche.

La verdad, era un poco idiota por no haber atado cabos antes. Claro, Josh era Joshua, y que no tuviese pinta de empresario no significaba que el Grinch no estuviese intentando montarse en el dólar. ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Era una especie de experimento? ¿Realmente le importaba lo que yo pensase?

Me giré algo airada. Ya no por Josh, ni por Lizzy, sino porque llevaba toda la semana permitiendo que me afectasen cosas que no deberían alterarme tanto.

Pero la semana no podía terminar bien para mí. Y eso que, de hecho, no había acabado. Solo era viernes por la noche, aunque tuviese toda la intención de encerrarme en casa e ignorar al mundo hasta que tuviese que arrastrarme de nuevo a la oficina a primera hora del lunes.

Y fue entonces cuando Josh me cayó encima. No él, si no las dos copas que llevaba. Derramó sobre mi vestido, ese que tanto me había costado rescatar del armario, pues ni siquiera sabía que lo tenía, los

dos cócteles que traía en las manos.

Lo primero que vi fue su cara de pánico.

—¡Oh, no! No. Amy. Lo siento muchísimo.

Noté como el líquido viscoso y dulzón me calaba hasta la piel del torso. ¿Existe una sensación más desagradable? No me había tirado una copa encima, no. ¿Por qué bañar a alguien con una copa cuando puedes tirarle dos?

Observé su rostro enrojecido. Miré a mi alrededor y vi que se había formado un pequeño círculo entre los asistentes de la fiesta. Nos dejaban espacio para respirar y para calibrar nuestra propia tensión. El brebaje deslizándose por mi cuerpo, en dirección a mi ropa interior, dejaba una sensación fría y repugnante.

Fui cruel, lo reconozco. Y eso que no quise creer que Josh lo había hecho a propósito. Porque nadie haría eso a propósito para evitar que se largase, ¿no? Tenía más ganas de marcharme que hacía un par de minutos.

—Vaya, para ser camarero no veo un gran manejo de las copas…

Se puso más rojo aún. Tal vez le había dado donde más le dolía, además de la aversión hacia la Navidad.

—Perdóname —dijo—. Era para ti. Puedo traerte otra…

Lizzy había desaparecido de la escena. Me sentí desamparada y desgraciada. Empecé a caminar, buscando la salida. Josh vino detrás.

—Lo siento, Amy, espero no haber arruinado tu precioso vestido.

Salimos a la calle. Las luces cercanas del Rockefeller Center se intensificaron. Oímos un estruendo. Busqué el origen del ruido, mientras rezaba para que un taxi apareciese pronto por allí y me rescatara, porque Josh no parecía dispuesto a dejarse marchar.

—Quédate un poco más, Amy.

—Entenderás que tengo que ir a casa a cambiarme…

—Oh. Sí, claro. Lo siento de veras, espero no haber arruinado tu noche.

Resoplé, inquieta. Porque sí la había arruinado y no se lo quería decir. Y no por el maldito vestido.

—Dime una cosa, Josh. ¿Por qué no me dijiste que era tu restaurante?

Me miró como si no tuviese la menor idea de qué le estaba diciendo.

—*Owen & Joshua.*

—No creí que fuese necesario. Literalmente se llama como yo —me contestó.

—Ya. Pero, ¿qué hacías…trabajando?

Se rio.

—Me gusta estar detrás de la barra y hablar con nuestros clientes. Y además el día que viniste faltó unos de los camareros.

El día que viniste significaba en realidad “el día que la cagaste a lo grande enviándole tu teléfono a un espécimen inaccesible y complicado, en lugar de dármelo a mí”.

Justo en ese momento vi un taxi. Vi el cielo negro de Manhattan abierto. Tal vez aquello solo era un pequeño signo de que las cosas empezarían a irme mejor. Levanté un brazo para llamar la atención del conductor.

—Déjame que te lleve a casa, Amy. Mi coche está por aquí cerca.

Vaya, ¿Josh era uno de esos ricos camuflados con coche propio en la gran ciudad?

—Es tarde, Josh.

—Pero se aproxima una nueva ventisca…

Lo ignoré una vez más. Recordé en ese momento que si no me había dado la receta de las natillas de mango era simplemente porque no le había dado la gana, porque se las guardaba codiciosamente como un as en la manga. Vio que me iba, que me esfumaba tal vez para siempre.

—¡Amy! Siento que las cosas hayan empezado así entre nosotros. Déjame que te invite a cenar. Me gustaría llamarte.

Me monté en el taxi. Estaba enfadada, no exactamente con Josh, sino con el mundo. Todo lo que me rodeaba en esa fiesta, empezando por el motivo por el que estaba allí —un trabajo que ya no me motivaba como antes— me escocía.

Josh el Grinch se había convertido en un potencial saco de boxeo para apagar mis frustraciones, así que lo mejor era largarme cagando leches. Y lo peor de todo era que ese “entre nosotros” me había revuelto todo por dentro.

¿Nosotros?

¿Existía la posibilidad de un “nosotros”?

Saqué la cabeza por la ventanilla trasera del taxi y agité la mano en señal de despedida.

—¡Hasta nunca, Josh!

—¡Amy! ¡Dame tu número!

—¿Sabes qué? ¡Pídeselo a Blake Emmons! —grité.

CAPÍTULO 6

El estruendo del viernes, el ruido que ahogaba mis pequeños gritos de frustración al salir pitando en taxi del evento de Lizzy Bliss, provenía de las obras de instalación de la pista de patinaje sobre hielo del Rockefeller Center. Ahora sí que podíamos decir que se acercaba la Navidad.

Aquel sitio era un sueño, y la primera vez que lo vi a mi llegada a Nueva York, hacía ya unos cuatro años, sentí una especie de flechazo intenso.

Casi me desmayo de la impresión al plantarme allí, y no solo porque patinar sobre hielo era una de las cosas que más me gustaba en mi adolescencia, sino porque me sentía como si estuviese en el mismo centro del universo. Por primera vez podía ser una adulta responsable, con trabajo y apartamento propio, y al mismo tiempo patinar sobre hielo.

Estaba viendo las noticias en mi teléfono, a primera hora de la mañana en la oficina, cuando Bella me despertó de mi letargo de lunes. Soltó el bolso sobre la mesa y supe que algo no iba del todo bien.

—¿Qué tal el fin de semana, querida? —me preguntó.

Era lo primero que me preguntaba al empezar la semana. Estuve tentada de decirle la verdad: que había visto la tercera temporada completa de las Chicas Gilmore, que había hecho un tercer intento con una receta de natillas de mango (desastroso) y que había desmantelado mi armario en busca de ropa de invierno, desperdigada por una cuarta dimensión.

En su lugar, le contesté:

—No mucho, lo de siempre. Ya están preparando la pista de hielo en Rockefeller. Estoy emocionada.

Bella sonrió.

—La reina de la Navidad.

—Bueno…no exactamente. ¿Qué tal tu cita con Andrew?

Enseguida me di cuenta de que no debía haberle preguntado. La cara le cambió a Bella por completo, y no para bien.

—Al final no nos vimos. Ya te contaré.

Eché un vistazo a mi alrededor. No. No había nadie. Éramos las primeras del departamento en llegar por lo que nadie podría escuchar sus lamentos.

Entendí que, simplemente, Bella no quería hablar del tema. O al menos no un lunes a primera hora. Sinceramente lo sentía, deseaba que le fuera muy bien con sus candidatos, pero a veces pensaba que mi compañera ponía demasiada energía en los hombres. No es que a mí me fuera mejor con mi cuestionable actitud de repeler a los interesados y de meterme en problemas con los que jugaban en otra liga, pero al menos no permitía que un señor me hundiese un fin de semana.

—Claro, cuando quieras —le dije.

Entendí su deseo de discreción a la primera. Cerré el pico y abrí mi bandeja de correo. El primer e-mail que vi era de Lizzy. Lo abrí enseguida. Mientras lo hacía, oí la voz de Bella a mi espalda. Parecía animarse por momentos.

—¿Qué tal fue lo de los relojes con Lizzy el viernes? —me preguntó de forma casual. Claramente estaba fisgoneando mi pantalla por encima de mi hombro.

—Aburrido. Lo de siempre. Aguantar el bolso.

Pensé en Josh y en mi vestido arruinado. Y en mi ridícula despedida: le había gritado a los cuatro vientos que le pidiese mi número de teléfono a Blake Emmons si tan interesado estaba en que cenase con él. En realidad era todo mucho más simple: podía pedírselo a Lizzy, dado que al parecer se conocían.

El e-mail que me enviaba era sorprendentemente agradable. Sobre todo porque era breve, y esa es una de las mayores virtudes de un e-mail de trabajo. Y lo escribía directamente ella en lugar su asistente, la abejita, a la que solía llamar también “su equipo”:

Amy,

Gracias infinitas por tu ayuda el viernes. Las fotos que hiciste son espectaculares. Siento lo de tu vestido. Vas a recibir otro que creo que es de tu talla. Es de Alexander Wang. Me lo han enviado a mi oficina y creo que es más tu estilo que el mío.

Por cierto, Josh se quedó muy triste cuando te fuiste. Creo que le gustas. No sé qué piensas al respecto y puede que me esté extralimitando y que esta sea, en realidad, una conversación que encajaría mejor delante de un café, pero no sé si es el mejor momento para conocerlo.

Es porque se acerca la Navidad.

En fin, hablamos pronto.

El vestido te llegará hoy, estate atenta.

xx
Lizzy Bliss

Me giré para comprobar que Bella no estaba leyendo. Por algún motivo quería mantener ese cúmulo de información en secreto.

Había mucho tema en aquellas líneas. Mucho que rascar. Desde luego, no conocía a Lizzy todo lo bien que yo creía. Pensaba que era una influencer engreída y obsesionada por los likes, pero parecía que había algo de cerebro detrás de su preciosa fachada. ¿Un vestido de Alexander Wang? ¿Para mí?

Era un sueño hecho realidad. Uno de mis diseñadores favoritos. Y eso que yo no puedo permitirme prendas de diseño. No es que mi sueldo sea bajo, pero vivo en Manhattan y el dinero se va todos los meses por un sumidero llamado *apartamento*. Vivienda, comida, café. Y billetes de avión para escapar de aquí de vez en cuando.

Me extrañaba aquella generosidad repentina. ¿Qué podía tener yo que Lizzy codiciase en ese momento? Sí, lo siento, soy una malpensada. Pero me fío ciegamente de mi intuición.

Y, perdón, ¿lo de Josh? ¿Qué quería decir con que "no era un buen momento conocerlo"? ¿Porqué era Navidad? Dios mío, a lo mejor no iba tan desencaminada con lo del Grinch.

Me levanté de la silla de un salto. Estaba ansiosa. Necesitaba poner distancia con esa pantalla. La semana acababa de empezar y ya llegaban los primeros problemas.

—Creo que voy a buscar un café —murmuré, no lo suficientemente alto como para que Bella me oyese, porque prefería ir sola.

El mensajero llegó a las cuatro de la tarde. Estaba casi dormitando sobre el teclado cuando recibí una llamada de Trinity, nuestra recepcionista. Acudí a toda prisa a ver qué había para mí. Era exactamente lo que esperaba, una preciosa caja gris oscura con un lazo de seda de color azul eléctrico.

Las gafas de ver de cerca de Trinity resbalaron sobre el puente de su nariz. Contarle algo a la recepcionista de nuestra agencia era la mejor manera de garantizarse que al siguiente día lo sabría toda la oficina. Ojo, no lo critico. Solo digo que eso sería una buena forma de lanzar un rumor.

Cogí la caja y me fui con ella a una sala de reuniones.

—¿Son flores, Amy? —me preguntó Trinity mientras me marchaba.

—¡Ni idea! —exclamé.

Sinceramente, me habría gustado darme la vuelta e increparla un poco: ¿cómo iban a ser flores en una caja cerrada? Eso sería muy siniestro. ¿De dónde sacaba sus ideas aquella chica?

Puse la caja sobre la mesa, me aseguré de que no venía nadie por allí y la abrí. A Mordor, nuestro jefe, no le terminaba de hacer gracia que recibiésemos obsequios de parte de las *influencers* que trabajan con nosotros. Nunca ha dicho por qué exactamente, es una especie de tabú que flota sobre nuestras cabezas. Supongo que en realidad le gustaría que esos obsequios, que tampoco eran tan frecuentes, recayesen todos en él.

Y ese, amigas, es el motivo por el que todo el mundo se escondía en una de las salas de reuniones cada vez que recibíamos algo. El problema es que aquello era demasiado voluminoso como para salir de allí indemne y meter todo debajo de mi mesa hasta que no quedase nadie en la oficina.

No me pude resistir. Saqué el vestido de la caja. Era exactamente mi talla. Y era una pieza preciosa.

Un vestido negro, elegante, con un par de toques en púrpura aquí y allí. No tenía ningún sentido que Lizzy me lo hubiese regalado. Era espectacular. Ni siquiera la había acompañado a tantos eventos, la verdad. Era extraño. Creo que ella y yo teníamos tallas parecidas pero tampoco estaba al cien por cien segura.

Lo alcé entre las manos para contemplarlo mejor. Me moría de ganas de probármelo. En ese momento un trozo de papel se desprendió de la falda y cayó al suelo.

Dejé el vestido sobre la mesa y me agaché para recogerlo. Era una tarjeta doblada, que parecía una nota.

En ella, una lista de ingredientes, y debajo un párrafo manuscrito con una serie de instrucciones.

Era la receta de las natillas de mango.

CAPÍTULO 7

Al día siguiente logré escaparme un buen rato antes de la oficina. Bueno, en realidad salí a almorzar y ya no volví. Tenía una buena excusa, aunque no la necesité, pues Mordor también se había esfumado y nadie parecía haberlo visto desde la tarde anterior. Así que había vía libre.

Decidí ir a visitar a Lizzy a su despacho. Le dije a Bella que iba a reunirme con la *influencer* para comentar opciones de nuevos patrocinios. Una breve reunión de trabajo.

Bella me miró, supongo que extrañada porque Lizzy Bliss y yo de repente estuviéramos tan bien avenidas, pero no tenía demasiadas ganas de contarle todo el asunto del Grinch, el vestido arruinado, Blake Emmons, etcétera. Era demasiado. Supongo que podría haber omitido información, pero Bella también se estaba callando lo suyo, su no-cita del viernes, algo sobre lo que yo, discreta, también había corrido un tupido velo.

Y allí estaba, en Brooklyn, delante de un moderno edificio de Williamsburg donde Lizzy "trabajaba" en compañía de su abejita.

Llegadas hasta aquí, y a punto de reencontrarme con ella, debo aclarar que era la propia Lizzy Bliss quien llamaba "abejita" a su *assistant*, una chica que siempre se ahogaba en un vaso de agua y que en la vida real respondía al nombre de Tina.

Si soy sincera, siempre pienso que las *influencers* con las que trabajamos son una especie de farsantes que dirigen su negocio desde su cama, sin salir de su apartamento. Pero no, Lizzy demostraba una vez más que las cosas le iban fenomenal y que podía permitirse un despacho.

Tina me abrió la puerta. Iba sin zapatos —en calcetines— y llevaba un pinganillo por el que se comunicaba con el mundo exterior. Me miró de arriba a abajo. No parecía muy contenta de verme allí, pero tampoco podía permitirse el lujo de ser borde conmigo porque últimamente era yo quien conseguía que las marcas se interesasen por su jefa. No había anunciado mi visita, pero sabía perfectamente que encontraría allí a Lizzy.

—Ah, hola, Amy…¿verdad? Disculpa esta recepción tan informal, no esperábamos visitas esta tarde.

En ese momento recordé que Tina hablaba en una especie de lengua del siglo diecinueve. Seguro que tenía estudios de literatura.

—No te preocupes. Tenía que venir a Williamsburg a hacer un recado y solo quería saludar un momento a Lizzy —esto era un poco mentira—. El viernes por la noche estuvimos juntas. He recibido el vestido. Quería darle las gracias.

Le explicaba todo esto a la abejita porque de fondo oía la voz de Lizzy, hablando agitadamente por teléfono tras una puerta de color rosa.

Tina me miraba con cara de póker.

—Qué vestido.

—El vestido de Alexander Wang que me ha llegado de parte de Lizzy.

—Mmm…¿eso ha sido hoy?

—Hace un rato.

Tina agitó la cabeza.

—Hoy no he enviado nada. ¿Seguro que es de Lizzy? ¿Un Alexander Wang?

Hizo el gesto de aguantarse la risa.

A lo mejor estaba hablando demasiado. Igual Tina esperaba ser la destinataria de la exclusivísima prenda; aunque no le funcionaría de todas formas. Era una chica bajita y menuda, y su estilo era mucho más colorido.

Cerré el pico y sonreí:

—Esperaré a que Lizzy termine de hablar.

—Claro, puedes sentarte ahí. Te aviso en cuanto esté libre.

Las muy flipadas habían instalado incluso un área de espera con dos sofás y revistas de moda para ojear. Me acomodé y traté de meditar.

Lizzy asomó su rubia cabeza por la puerta al cabo de unos minutos.

—Amy, creía haberte oído. ¡No te esperaba! Qué sorpresa. Pasa, por favor.

La seguí hasta el interior de su oficina.

—Qué bonita. ¿Hace poco que estáis aquí instaladas?

—Unos tres meses.

Me miró, y parecía impaciente. Tal vez no tendría que haberme presentado sin avisar. Decidí ir al grano.

—Lizzy…el vestido. ¿Lo has enviado tú?

—La verdad es que no lo he visto. ¿Te gusta?

—Es perfecto. No es eso. Es que…

—Obviamente es de parte de Josh. Me pidió la dirección de tu trabajo para enviártelo, pero me dijo que no quería ser invasivo, de

ahí que te escribiese ese e-mail previo. Supongo que él habría preferido enviártelo a casa, pero yo no tenía esa información.

—Entonces, ¿no es uno de tus regalos promocionales?

Lizzy se rio, como si esa fuera una idea absurda.

—Claro que no, Amy. Me contó lo de los cócteles derramados. Me dijo que te arruinó la noche. Es cosa suya. Solo me pidió ayuda. De hecho le pregunté si no tenía tu teléfono.

—¿Y qué te dijo?

—No contestó. Me dijo que simplemente quería que tuvieses un vestido nuevo porque al fin y al cabo él había estropeado el que llevabas.

—Ya.

—No hice muchas preguntas, Amy. Solo me pidió que te avisara de que recibirías el vestido.

Estaba desconcertada. Reponer un vestido y de paso hacer un *upgrade* a una pieza de Wang que, por cierto, denotaba un excelente gusto, era demasiado. No nos conocíamos, aunque él pensara que sí. Y, por cierto, ahora el Grinch sabía dónde trabajaba.

Yo no era una obsesa de la privacidad, supongo que esa información, la dirección de mi oficina, es un dato que se puede averiguar rápido escarbando un poco en internet.

Me levanté de un salto de la silla rosa que había delante de la mesa de trabajo de Lizzy.

—Creo que no te voy a robar más tiempo —susurré.

—Has venido solo para…¿preguntarme por Josh?

—¿Josh el Grinch? No. Más bien para aclarar lo del vestido. Disculpa, Lizzy, es que no entendía muy bien la relación entre tu e-mail y ese…obsequio.

Se rio.

—El Grinch…Eso es muy acertado, ¿sabes?

Lizzy me acompañó hasta la puerta. Supongo que tanto ella como Tina estaban alucinando y en cuanto pusiera un pie en el ascensor cotillearían como locas. Pero no me importaba. Su cartera de clientes seguía estando básicamente en mis manos.

—¿Has tenido noticias de L'Oréal? —me preguntó, cambiando de tema, barriendo para casita.

—Aún no, pero estoy en ello. En cuanto lo tenga te llamo.

—Genial. La verdad es que quería dejarlo antes de irme a Buffalo.

—¿A Buffalo?

—Sí, por Navidad. Soy de allí. Siempre paso las vacaciones con mis padres.

Claro, había afortunados que aún se tomaban unas semanas de descanso para estar con los suyos. Tomo nota. Yo solo disponía de un par de días.

Llamé al ascensor.

Y no lo puede evitar. Antes de cerrar la puerta y perderme por las entrañas del edificio, quise despejar la última de mis incógnitas:

—Lizzy, solo una cosa más.

—Dime.

Estaba demostrando tener mucha paciencia conmigo ese día.

—Eso que me dijiste en tu e-mail. Lo de que tal vez no era el mejor momento para conocer a Josh…

—Entonces, ¿te interesa? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—No es eso. Es que no entendí.

—Es porque se aproxima la Navidad, nada más. Mira, en el fondo no conozco mucho a Josh. Con quien más he tratado es con Owen, su socio. Con Josh solo he coincidido en un par de fiestas, y de hecho hacía bastante tiempo que no lo veía. No hace mucho conectamos de nuevo porque él estaba interesado en contratar mis servicios de cara a la fiesta de inauguración de su restaurante. Quería que hiciese algunas *stories* y que le diéramos un empujón a su local. Eso no salió adelante, precisamente porque la apertura coincidió con… las semanas previas a la Navidad. Y algo pasó, que todo se canceló. El restaurante se abrió de un día para otro. Hablé de ese tema con Owen, pero no me quiso decir qué había sucedido. Solo sé que Josh y la Navidad no… funcionan bien juntos.

Asentí.

Interesante, un misterio que resolver pero francamente, no tenía demasiado tiempo ni ganas de desentrañarlo. La gente que odia un periodo determinado del año me parece rara…Yo soy la reina del otoño y adoro Halloween, y no soporto el calor en verano, pero ya está. No sobreactúo al respecto. No afecta a mi personalidad ni a mis relaciones con la gente, salvo que pase épocas más o menos encerrada en casa.

—Hablamos pronto, Lizzy —me despedí, saciada de información.

—¡Solo una cosa más!

—Qué.

—Creo que si Josh no estuviese muy interesado en ti no habría implicado a una semi desconocida en esto. O sea, yo. ¡Solo para que lo tengas en cuenta, Amy!

CAPÍTULO 8

Esquivaba hábilmente a los patinadores inexpertos, y eso me hacía sentir un poco mejor. No pude evitarlo. Me fui a patinar a la salida de la oficina. La pista de hielo del Rockefeller suponía el pistoletazo de salida hasta mis ansiadas minivacaciones de Navidad. Solo serían cuatro días, pero pensaba aprovecharlos al máximo.

Habían pasado tres desde mi improvisada visita a Lizzy y me encontraba en un limbo extraño e incómodo, esperando algún acontecimiento que se convirtiese una señal.

Estaba pasando. Para mi horror, no dejaba de pensar en Josh, y por extensión en el vestido, que por cierto me sentaba como un guante.

Nunca había tenido, y tal vez nunca tendría, una prenda tan bonita en mi armario. Era extraño que pensase en ese vestido en algo que conservar hasta el final de mis días, que arrastraría conmigo mudanza tras mudanza; sobre todo por la manera en que había llegado hasta mí.

Debería devolverlo, pensaba mientras me deslizaba sobre los patines, por la pista de hielo. Me estaba costando mucho aceptar algo tan admirable, por no hablar de la receta.

El ingrediente secreto era un tesoro oculto y valioso. No fue el primer día, pero sí el segundo, cuando reuní los ingredientes para probar la receta que me había enviado Josh en forma de nota que acompañaba el vestido. La verdad: aquel era casi con toda seguridad el mejor regalo que había recibido nunca y no saber con exactitud qué quería él de mí estaba empezando a descomponerme.

¿Yo le gustaba? Mi instinto me decía que sí. Y él, a pesar de sus pequeños tics irritantes y su torpeza, me gustaba a mí. También podía ser que lo estuviese magnificando todo. No lo veía a diario, no lo conocía y por tanto mi mente traicionera y soñadora se dedicaba a completar todo lo que desconocía de Josh. Y adornado todo con virtudes fabulosas, por supuesto.

No había vuelto a hablar con Lizzy. ¿Para qué? No era necesario y sentía que ya sabía demasiado sobre toda esta historia. Y yo necesitaba espacio. Perspectiva. Y sí: tres días son todo lo que había necesitado para reconocer (de momento solo a mí misma) que quería

verlo de nuevo.

A lo mejor era un completo desastre, pero supongo que en algún momento debería aparecer por su restaurante para, al menos, agradecerle el detalle del vestido.

Esa era la única manera de contactar con Josh que estaba a mi alcance. En la nota con la receta no había ni un teléfono, ni un e-mail de contacto. Y no, no lo había encontrado en Instagram. Ya había hecho un pequeño rastreo para ver si encontraba algún perfil suyo con buen filón informativo y no vi nada. Es más, la cuenta del restaurante, y su presencia en redes, en general, era bastante discreta. Solo había una foto suya, de hacía tiempo, con su socio Owen. Probablemente de los días posteriores a la inauguración.

Cuando esquivé a la tercera adolescente descontrolada deslizándose por la pista de hielo del Rockefeller, de esas que ponen en peligro incluso al resto de patinadores, decidí que ya era suficiente. Patiné hacia la salida y fui en busca de mis botas, que había dejado en las taquillas. También había dejado allí mi móvil, algo que suelo hacer por las tardes si tengo la ocasión, para desconectar un poco.

Me senté en uno de los bancos frente a las taquillas y me cambié de calzado. Solo había estado unos veinte minutos patinando, lo suficiente para darme cuenta de que tenía que volver a una hora con menos afluencia de público. O tal vez buscar otra pista de una vez por todas, aunque tuviese por delante un largo trayecto de metro.

Había guardado mi móvil dentro de la bota derecha. Como siempre que sucedía cuando me apartaba de él un rato, había un mensaje esperándome. Era de un número desconocido y decía así:

¿Qué tal tus natillas de mango?

Me sorprendió, —y me molestó—, lo rápido que empezó a latir mi corazón en ese momento. Contesté con una sola palabra:

¿Josh?

Y después: *Escribiendo…*
Escribiendo….
Escribiendo…

¿Estás ocupada? Acabo de llegar al restaurante, pero hoy no me quedaré hasta la hora de la cena. Si quieres pasar a verme…puedo invitarte a algo que no sean natillas.

Guardé el teléfono. Su mensaje era espontáneo y cercano; y sabía

muy bien que en cuanto saliese del Rockefeller mis botas me llevarían directamente hasta *Owen & Joshua*. No había otro camino.

A lo mejor si lo tenía delante, y si besaba de una vez al Grinch, podría darle alguna pista a mi corazón sufrido.

Me puse música en mis auriculares y emprendí el paseo de veinticinco minutos desde la pista de hielo hasta el restaurante de Josh. Normalmente me dejaba envolver por el sonido de la ciudad, pero en ese momento quería aislarme un poco más, apaciguar mi estado de ánimo. El hormigueo incesante que sentía en mi estómago era un síntoma de que algo estaba pasando allí.

No había contestado a ese último mensaje. Quería aparecer delante de él, sin más.

En una media hora llegué a *Owen & Joshua.* Entré en el restaurante como si aquello fuese una primera cita, como las que Bella me contaba de vez en cuando. Josh y yo no nos habíamos pasado días chateando. No habíamos tenido un flechazo virtual. Y sin embargo sentía que lo teníamos todo en contra.

En cuanto lo vi sentado delante de la barra, como si fuese un cliente más, y con la cabeza metida en un montón de papeles, me relajé un poco. Pero esa primera escena también me sirvió para darme cuenta de que aquel chico se me había metido muy dentro.

Una de las camareras llamó su atención en cuanto me vio. El local estaba vacío, salvo por una mesa, donde un chico con pinta de informático tecleaba en su portátil.

Estuve tentada de preguntarle de inmediato dónde estaba Owen, si es que existía un "Owen" o era como el Mago de Oz, escondido detrás de una cortina a la que ni él mismo tenía acceso. También quería que me explicase con todo lujo de detalles cómo había conseguido mi teléfono. Porque estaba convencida de que Lizzy no se lo había dado. Lo sé porque ella se pondría histérica si yo compartiese el suyo sin su permiso expreso y explícito. Y ni aún así, seguro que me pediría que ofreciese el número de su abejita.

La sonrisa de Josh en cuanto puse un pie en su local me desarmó. De repente no me apetecía sacar a relucir mi lengua afilada ni mi ingenio respondón.

De todas maneras aquel no era el mejor sitio para un encuentro como el que tenía en mente. Era su espacio de trabajo.

—Me alegro de verte, Amy.

Oh, dios. Espero que no repita mucho mi nombre, pensé. *Eso me pone muy nerviosa.*

Me acerqué a él despacio.

—No tenías por qué hacerlo. Lo del vestido.

—La cuestión es que quería hacerlo. ¿Te ha gustado?

—Es perfecto. Pero aún así, es demasiado…

—Si no te encaja, en la tienda de Wang te lo cambiarán o lo adaptarán a tu gusto.

Me daba vergüenza reconocer que por supuesto que me lo había probado.

—Aún así, no deberías. Aún no tenemos…

—¿Aún? Amy, siento haberme cargado el tuyo. No sé si intentaste quitar esa mancha, pero las bebidas con las que te bañé llevaban grosella. Era lo mínimo que podía hacer, creí que te arruiné la noche.

—Oh, no. Simplemente fui a casa a cambiarme.

Mi enfado de aquel día, el mismo que me había rondado de nuevo por momentos al recordar la escena, había sido considerable a pesar de que sabía muy bien que había sido un accidente.

—¿No tenías planes…después? —me preguntó.

Irritante. Insolente.

Estaba muy tentada de comunicarle que eso no era de su incumbencia y entonces me di cuenta de que allí había dicho que tenía que irme porque tenía planes. ¿Acaso se grababa a fuego en la memoria cada una de mis palabras?

—Los cancelé —dije, escueta.

—Espero que no fuese por mi culpa.

—¿Por qué? ¿Por qué nuestras conversaciones son siempre tan torpes?

Aquello era un pensamiento que por arte de magia se convirtió en sonido, en palabras articuladas que sonaban algo afligidas y que dejaban un rastro de impotencia. Sentía de verdad que tenía problemas para comunicarme con el Grinch y que a lo mejor era porque él era eso…un Grinch.

Y entonces Josh soltó el bolígrafo sobre el montón de papeles que tenía desperdigados sobre la barra. Se levantó y dio un paso en mi dirección. Me miró a los ojos, en realidad al fondo del alma, y después dio un triple salto mortal cuando dijo:

—A lo mejor es porque ya hace tiempo que tendría que haberme callado y haber hecho esto.

Sujetó mis mejillas y me dio un beso que me dejó clavada al suelo de madera del restaurante.

CAPÍTULO 9

Caminábamos el uno junto al otro envueltos en un silencio extraño, aunque no incómodo, en dirección a Kips Bay.

—Salgamos de aquí —había propuesto Josh, y yo le había seguido, estimulada por su afecto repentino y desbordado.

Aquel chico sabía besar, vaya si sabía. El azar había querido que estuviésemos completamente solos en el momento en que se arrancó. La única camarera que había en el local no estaba a la vista. El chico que tecleaba intensamente en su portátil había ido al baño. Estábamos solos en el mundo y Josh se había lanzado de cabeza a la piscina. Eso había servido para varias cosas, entre ellas despejar la incógnita. Sí, estaba interesado en mí. Al menos hasta cierto nivel.

Era diecisiete de diciembre y la Navidad ya se respiraba en cada esquina de Manhattan. Estaba resultando un mes inusitadamente frío, más de lo normal para esa primera quincena. Observé cómo Josh no prestaba ninguna atención a los ornamentos navideños que nos cruzábamos.

—¿Qué hacías antes? —preguntó.

—¿Antes?

—Cuando te escribí.

—Estaba patinando en el Rockefeller Center.

Se rio.

—Qué. Es cierto.

—Pensaba que eso era algo que solo hacían los turistas.

—Pues pensabas mal, Josh. Me encanta patinar, y más allí. Es como deslizarse por el mismo núcleo del mundo. ¿Quieres que vayamos?

—¿A patinar?

Asentí.

—Creo que no, gracias. Sufriría por mi equilibrio. Y por mi trasero.

—Está bien.

—Pero supongo que lo acabaría haciendo si me insistes.

—No te voy a insistir.

Nos detuvimos frente a un semáforo. Decidí que antes de tomar algún rumbo en concreto iba a aclarar una pequeña cuestión:

—Por cierto, ¿cómo conseguiste mi número de teléfono?

Me miró como si mi pregunta fuese sorprendente. Me agarró los dedos de la mano izquierda con ánimo de no soltarlos. Dudo que estuviésemos en la fase de darnos la mano, yo soy lenta para ese tipo de cosas y más después de la montaña rusa por la que llevábamos días precipitándonos.

—Exactamente como me sugeriste. Se lo pedí a Blake Emmons.

Tragué saliva. Emmons era una referencia que no me apetecía sacar a relucir. Pero era mejor aclarar aquel punto.

—¿Y te lo dio así sin más? ¿Había guardado la nota?

—Mmmm. Solo puedo decirte que lo tenía. Pero no fue tan fácil que me lo diese.

El semáforo cambió de color y empezamos a desfilar por delante de la hilera de taxis que aguardaban impacientes en la calzada. Hacía un buen rato que la noche había caído y Josh y yo vagábamos sin rumbo fijo. Ir a cenar algo sería lo más normal del mundo pero no me sentía muy segura sugiriendo sitios a un profesional de la hostelería. Mejor que lo propusiera él.

Pero Josh solo me había mencionado que quería pasear.

Mientras me hablaba de su restaurante, de su socio Owen, de los pequeños problemas que tenían y del apartamento que había comprado no hacía mucho en Little Italy, yo batallaba por no perder ni un detalle mientras me recreaba en aquel beso en mitad de su local.

Estaba superada. *Espero que no se dé cuenta de que estoy temblando,* pensaba mientras cruzábamos la calle.

Recordé también el e-mail de Lizzy. *No es un buen momento para conocer a Josh*. Qué tontería. ¿Cuándo sería un buen momento? Era increíble la velocidad a la que mis sentimientos evolucionaban. Y había sido ese contacto eléctrico con su lengua lo que los había desatado.

Me detuve al otro lado de la calle. Josh se paró a mi lado y me miró. Entonces me lancé a por otro beso, mostrándole mi iniciativa, dejándole claro que yo también estaba por la labor.

Sonrió muy cerca de mi boca.

—No esperaba esto, Amy.

—Yo tampoco.

—Quiero decir, lo del vestido y todo eso. Solo quería reparar ese absurdo accidente. Ese y mi estúpida actitud el día que nos conocimos. Fui un idiota. Sabía perfectamente que Emmons estaba allí con su novia y que tu nota provocaría un pequeño terremoto. Y aún así se la di.

Me acaloré.

—Josh, ¿podemos olvidar eso de una vez por todas? Ya fue

bastante vergonzante en su momento. Nunca había hecho algo así, no sé por qué pensé que era una buena idea. Tal vez porque estaba convencida de que no volvería a verlo jamás.

Me cogió otra de la mano. Sí, tal vez era pronto para eso. Pero me daba igual. Necesitaba estar en contacto con su piel, y eso me llevaba a pensar en que…estaba deseando deslizar las manos por debajo de aquel jersey. Observé sus labios entreabiertos. El calor me invadió de repente. Me imaginé en la cama con él y me encendí.

Y entonces, Josh se despidió. No me di cuenta de que nos habíamos detenido junto a una parada de metro. Estábamos en Herald Square con la calle 34.

—Me quedo aquí por hoy, Amy.

Me costó hilar esas palabras. ¿Qué estaba pasando? ¿No íbamos a pasar un rato más juntos después de nuestro…acercamiento?

—¿Te vas ya?

—Tengo que hacer algunas cosas en casa. Me ha encantado verte. Gracias por venir al restaurante.

—No. Gracias a ti por el vestido. No tenías que…

Me puso el dedo índice sobre los labios.

¿Por qué todo aquello sonaba a despedida? ¿Ya estaba? ¿Era eso? ¿Josh había conseguido doblegarme, llevarme hasta su territorio, besarme y luego dejarme allí, junto a una parada de metro en pleno Manhattan, deseando más? Más tiempo a su lado, más información, más besos.

Pero me recompuse al instante. Estiré los hombros hacia atrás, algo que mi madre siempre me recordaba. *Echa los hombros hacia atrás y el mundo te admirará.* Siempre me fastidiaba reconocer que tenía razón.

—Amy, andaré un poco ocupado estos días. Owen y yo estamos preparando la apertura de un nuevo restaurante.

—Eso es fantástico.

Miré al suelo. Arrastré un poco la punta de mi bota.

¿Ya está?, pensé.

Mi madre también suele decirme que no tengo que ser tan insegura a veces.

—Me gustaría volver a verte —dijo él entonces.

Lo miré.

—Claro, cuando quieras.

—Es solo que son unas semanas un poco complicadas para mí.

—Por lo de la apertura.

—Bueno, sobre todo por eso —me dijo, aunque era obvio que había algo más—. Pero me atraes demasiado como para esperar semanas.

Tragué saliva. Sonreí. Me sentía como una adolescente idiota y en ese momento agradecí no haberle propuesto continuar la velada. También di gracias a mi yo del pasado por no haberle contado nada

sobre todo este asunto a Bella. Por un motivo evidente. Si todo se quedaba en un par de besos, un vestido de diseño que se convertiría en una momia en mi armario y un paseo por la noche helada de Manhattan…; si no volvía a ver nunca más a Josh no tendría que lamerme las heridas delante de nadie.

Pero él apaciguó mis dudas.

Volvió a sujetarme las mejillas y me besó, y si aquel beso era una despedida me la guardaría para siempre.

Siempre iba a recordar aquel beso en la calle, a última hora de la tarde a las puertas de la Navidad.

—Te llamo pronto, Amy.

Me quedé petrificada, intentando asimilar lo que me pasaba; la manera en que al final de todo aquella maldita nota manuscrita y dirigida a la persona equivocada había conseguido llegar a su verdadero destinatario.

Josh se dio la vuelta y se perdió por las escaleras que descendían hacia el subsuelo de la ciudad.

Unas luces llamaron mi atención, me deslumbraron y a la vez me devolvieron a la realidad del asfalto. Era un árbol de Navidad gigantesco. Enorme, como un Godzilla abriéndose paso entre los edificios a bocados.

CAPÍTULO 10

Tal vez fue porque llevaba demasiado tiempo removiendo el café, pero Bella por fin se atrevió a preguntarme abiertamente. O más bien fue una afirmación que solo pretendía confirmar.

—Estás saliendo con alguien, ¿no?

Era veinte de diciembre y la oficina funcionaba ya a otro ritmo. Incluso Mordor estaba de mejor humor, más relajado, menos exigente y controlador.

Observé a Bella. Si le decía que no, sabría que le estaba mintiendo. Era una cabrona sagaz e intuitiva y sin duda se había percatado de mi silencio en los últimos días.

Me encogí de hombros y sonreí. Se acercó un poco más a mí.

—Oh, vamos, Amy. Cuéntame. Yo te cuento todo.

Esto era verdad hasta cierto punto, pero yo no tenía ni que preguntar. De hecho había prestado atención a los últimos acontecimientos con su Andrew (sí, el mismo que le había dado plantón), que había decidido saltar de nuevo al ruedo en el que había convertido el maltrecho corazón de mi compañera de oficina.

Enjuagué la taza y la cuchara en el fregadero y las sequé con una toalla de papel. Sonreí enigmáticamente y le dije a Bella:

—Es solo que me siento navideña.

Salimos de la cocina, donde solíamos reunirnos para chismorrear en privado.

—¿Navideña? Pero si a ti en el fondo te es indiferente todo eso, excepto por la pista de hielo, claro.

Nos dirigimos de nuevo hacia el redil, hacia nuestra mesa, envueltas por el rumor habitual de la oficina; teléfonos, conversaciones, risotadas y el ruido incesante del tecleo. Capeé las preguntas de Bella como pude, con respuestas vagas y ambiguas hasta que captó que no le iba a contar nada. No porque no confiase en ella o porque en mi mente Josh fuese el anillo y yo una especie de Gollum cínico y sibilino. Era simplemente que no quería gafar esta historia.

Había quedado un par de veces más con Josh desde la tarde en que nos despedimos junto a la parada de metro. Cuando digo un par me refiero concretamente a dos.

Ahora que lo recuerdo, me hace gracia la noche de ansiedad

extrema que pasé ese día, cuando me besó como si nunca nadie lo fuera a hacer igual. Ese beso me supo a *beso definitivo,* al que aspiraba desde que era una adolescente encerrada en mi cuarto. Ansiedad porque no se volviese a repetir, porque no se reprodujera nunca más.

No fue así.

Tuve noticias de Josh esa misma noche, antes de dormir. No era exactamente un mensaje tipo "buenas noches, princesa", sino algo mucho más liviano, directo y natural. Solo decía:

Quiero volver a verte, Amy.

Eso estaba muy bien, solo faltaba ser un poco más concretos. Especificar un lugar, una hora, un día, y yo estaría allí clavada como una estaca en el corazón de un vampiro.

Al final fue todo mucho más fácil de lo que preveía. Le contesté con un simple:

Me encantaría. Dime cuándo te va bien.

Sin emoticonos ni zarandajas.

Y al día siguiente Josh fue concreto. Algo que podría haber sido difícil fue rápido, simple y espontáneo.

Nos vimos dos días después de "el beso" en un bar de Brooklyn, en un ambiente relajado y divertido. Resulta que uno de los mejores amigos de Josh, un tipo menudo y risueño a quien llamaban Tucker, hacía un monólogo que había tomado a todo el mundo por sorpresa, pues no era un profesional de la comedia ni, decía, pretendía serlo.

La cuestión era que Josh aún no había podido ir a ver su show, y le pareció que ir conmigo era "el mejor de los planes". Fui encantada, por supuesto.

Y además nos sirvió para destensar, para relajarnos, porque nos reímos bastante. Después tomamos una copa, me besó y me acompañó en taxi hasta casa (aunque la mía no quedaba precisamente de camino a la suya).

Ninguno de los dos mencionó la posibilidad de alargar aún más la noche, pero de nuevo: era entre semana, los dos teníamos que madrugar y en algún recoveco de mi mente me guardaba la convicción de que ir más allá podía esperar. Total, ¿qué prisa teníamos?

Aguardé y al día siguiente volví a tener noticias suyas. Nuestra comunicación vía texto era escasa, pero iba bastante al grano. Josh me enviaba un mensaje aquí y allá pero siempre ponía el foco en la próxima vez que nos viésemos.

La segunda vez fue dos días después de la segunda. Pasó a

buscarme a la salida del trabajo y aunque yo, cándidamente, sugerí dar un paseo, tomar algo caliente en algún sitio, Josh me suplicó con la mirada que nos metiésemos en uno de los teatros a ver un espectáculo de Off Broadway.

Debo decir que no era un musical.

Pero aún así, me pareció una propuesta extraña. Recordé a uno de los antiguos ligues de Bella, una especie de intelectual que la "utilizaba" como acompañante para todo tipo de eventos culturales. Presentaciones de libros, exposiciones, conciertos de cantautores californianos, cosas de ese tipo. Bella lo acompañaba con diligencia, porque le gustaba el chico, y hasta cierto grado ella también disfrutaba de todos aquellos *shows;* pero pronto descubrió que ese chico no quería una novia. Quería una acompañante para no ir solo a los sitios.

Por un momento pensé que eso era también lo que deseaba Josh.

Una acompañante a sitios.

Por suerte, cada vez que ese fantasma me rondaba como si fuese el de las Navidades Futuras él daba un paso al frente y me besaba. Había algo que me intrigaba: no me había invitado a casa, no había sugerido en ningún momento quedarnos a solas, no había deslizado sus manos por debajo de mi ropa en ningún momento (algo que yo me moría de ganas de hacer). Al parecer el Grinch era Grinch en más de un aspecto.

En resumen: no podía quejarme, pero tal vez deseaba un poco más de acción, poner el pie en el acelerador (sin volvernos locos del todo).

En aquellos días previos a la Navidad, mientras Bella me miraba como si yo fuese un extraterrestre que había ocupado el sitio de su compañera de trabajo, yo miraba el móvil de reojo tratando de anticipar el siguiente movimiento de Josh.

Me dije a mí misma: *si todo va bien, si llegamos a una cuarta cita, se lo contaré todo a Bella. Para que se quede tranquila*.

Como si tuviese superpoderes, la pantalla de mi móvil se encendió en ese preciso instante. Cerré los ojos y visualicé su nombre junto a alguna de sus inesperadas propuestas.

Y en efecto, era un nuevo mensaje de Josh.

Supongo que una sonrisa se me dibujó en la cara al instante, porque Bella dejó escapar un carraspeo.

Él me enviaba una pregunta bastante específica:

¿Puede ser que me dijeras que te gustaba patinar? ¿O lo he soñado?

Me emocioné. Tecleé al instante:

Me encanta.

Tardó un par de minutos en continuar el intercambio de mensajes:

Voy a buscarte donde estés esta tarde. Y podemos patinar, si quieres.

No pensé, solo escribí:

Esta tarde estaré en casa a partir de las siete. Luego te envío mi dirección.

Como respuesta, un emoticono de un pulgar al aire en señal de aprobación.

Me levanté de un salto de la silla de la impresión y miré a mi alrededor para asegurarme que nadie había captado nada sobre el salto cuántico que acaba de dar mi relación con Josh.

Bella, a unos pocos metros, parecía concentrada en un e-mail en la pantalla y Verity, la chica en prácticas que nos ayudaba a ambas en momentos de absoluto colapso miraba vídeos de Tik Tok en su teléfono.

Lo hice todo en silencio: me levanté, cogí mi chaqueta y mi bolso y me esfumé por el laberinto de armarios que ejercían como separadores en las diferentes secciones de la oficina. Antes de irme me acerqué al hombro de Verity y le susurré en el oído: *hoy no me encuentro muy bien. Si alguien pregunta por mí, dile que continúo trabajando desde casa*.

CAPÍTULO 11

Esa era la primera vez que Josh venía a casa. *Todo está bien,* me repetía, mientras miraba el reloj por enésima vez. Supongo que al día siguiente, en la oficina, tendría que dar explicaciones. No exactamente por marcharme a casa en mitad de la jornada, sino por alertar solo a Verity.

Bella, casi siempre prudente, no me había dicho nada sobre mi huida por el chat interno de la empresa. De todas maneras el ambiente navideño ya había hecho acto de presencia y algunos de mis compañeros se encontraban fuera, visitando a sus familias y trabajando desde sus pueblos remotos del Medio Oeste.

Había llegado a casa, me había dado una ducha rápida y me había puesto uno de los pocos vestidos informales con los que no me congelaría si Josh y yo íbamos a patinar. Debajo, unas medias más gruesas de lo habitual que no eran lo más sexy del mundo, pero aceptables, teniendo en cuenta los dos grados que revelaba el termómetro en esa tarde oscura.

A las siete en punto oí el timbre de la puerta. Corrí a abrir. Detrás de ella estaba Josh. Era la primera que había sido muy concreta con él respecto a dónde vivía.

En realidad había sido idea mía que viniese y todo había fluido de manera bastante espontánea, a pesar de que yo vivía lejos de la pista de hielo. Pero quería estar a solas con él. Necesitaba aislarlo del ambiente festivo de la ciudad y observar cómo se comportaba en las distancias cortas, sin ningún estímulo a nuestro alrededor.

—Pasa, por favor —le invité, sonriente.

Era un momento dulce, supongo. Era el momento previo a la intimidad, cuando los sentimientos se van revelando pero aún no hemos mostrado todas nuestras cartas. Y desde luego Josh no las había mostrado. Continuaba siendo un misterio andante, a pesar de su peculiar sentido del humor. Evitaba hablar sobre sí mismo y me decía que todo sería "más normal" cuando pasara "esta época". Ni siquiera decía *esa* palabra. Navidad. Rara vez la pronunciaba, a pesar de que arecía rodearnos.

—¿Qué hacías? —preguntó, mientras observaba mi apartamento discretamente—. ¿Hoy has terminado de trabajar antes?

—En realidad acabo de apagar el ordenador, pero son fechas raras. No hay demasiado que hacer estos días…

—Ya. ¿Pero trabajas desde casa?

Suspiré.

A veces a Josh le gustaba indagar obsesivamente en algún tema. Yo, por alguna razón, me cortaba. Trataba de no interrogarlo. Él en cambio lo preguntaba todo.

—Normalmente no. Pero a veces salgo a almorzar y después, si no hay nada importante, ya no vuelvo a la oficina. Vengo a casa y sigo trabajando desde aquí.

—Ah, ya veo. Yo hago lo mismo, en realidad.

—¿Ah, sí? Pensaba que todo pasaba en tu restaurante. O en su cocina.

Josh sonrió.

—No, ojalá todo fuese tan sencillo. Pero suele haber muchas decisiones que tomar al margen del día a día de nuestro negocio.

Dio unos pasos en dirección a mi salón.

—Tu apartamento es fantástico.

—Es enano, Josh.

Se rio.

—Eso da lo mismo: está decorado con mucho gusto. Te felicito.

Pensé en el vestido que me había regalado. Me lo había probado una sola vez y lo había guardado en el armario como si fuese un tesoro. Ni siquiera había pensado en ponérmelo.

—¿De verdad quieres ir a patinar? —le pregunté.

Me temblaba el cuerpo. Tal vez era frío, no lo sé. Josh avanzó y me cogió la mano. Me atrajo hacia él y me estrechó contra su cuerpo.

—Esa era mi intención, Amy. Enfrentarme a mis traumas de esta época del año. Ir a patinar a Rockefeller puede ser un primer paso… pero estar aquí contigo a solas…sabía que sería una tentación enorme.

Nos besamos y mi cuerpo empezó a prenderse.

No podía sorprenderme. Lo sabía, sabía que eso iba a pasar, porque mi obsesión había ido a más en las últimas semanas. Estábamos compartiendo muchos ratos juntos, y cuando no estaba con él estaba pensando en él.

Sus labios buscaron los míos. Y en un rápido movimiento, Josh me levantó con sus brazos como si no pesara nada. Atravesamos el salón hasta que, por instinto, dio con el dormitorio. Empuñó la puerta con la punta de su zapato.

Me sorprendió su decisión, y el hecho de que ni siquiera pasáramos por el sofá, por el protocolo previo de ofrecerle algo de beber, de charlar de cosas insustanciales mientras nos mirábamos y jugueteábamos con nuestros dedos; decía mucho de las ganas que nos

teníamos, de cómo habíamos dejado crecer aquella bola durante días.

Josh me dejó sobre mi cama y se plantó en medio de la habitación. Sin apartar sus ojos de los míos, empezó a quitarse la camisa.

No puedo decir que me sorprendió lo que vi, unos abdominales curtidos que por alguna razón Josh ocultaba debajo de camisas oscuras o amplios jerséis. Aunque era invierno, tampoco se lo podía recriminar. Yo ya sabía que debajo de toda aquella ropa había algo escultural, pues ya lo había rozado disimuladamente en alguno de nuestros intensos abrazos. Deseé pasear mi lengua por aquellos deliciosos abdominales.

—Ni siquiera es justo —murmuré para mí misma, sacudiendo la cabeza en tono de broma.

—Lo que no es justo, Amy, es haber resistido todos estos días sin arrancarte la ropa, por mucho frío que haga ahí fuera.

Josh se arrastró hasta el borde de la cama y deslizó sus manos por debajo de mi vestido. Buscó el borde de los *panties* y estiró de ellos hacia abajo. Mis muslos quedaron al descubierto, y con ellos, mis braguitas, ya humedecidas.

—Oh, nena, si supieras las cosas que quiero hacerte.

No sé por qué, en ese momento pensé en la pista de hielo, en que no íbamos a patinar y que todo aquello iba a tener que esperar. Recordé la última vez en que me refería Josh como "el Grinch". Me reí. *Dios mío, cómo cambia la cosa*, pensé.

No podía decir que había llegado a odiarlo, pero su actitud, el día en que nos conocimos, me había parecido sumamente irritante. Y allí estaba, frente a mi cama, con el torso desnudo. Sus ojos se habían oscurecido de puro deseo y recaían en un punto muy concreto: entre mis piernas.

Se quitó los vaqueros y se arrodilló junto al lateral de mi cama. Me agarró de la cadera y me arrastró hacia su boca. Me puse nerviosa en cuanto acercó su nariz a mi entrepierna y la recorrió con ella, olisqueándome, desplegando sobre mi piel varios de sus sentidos.

—Dime, Amy, ¿las has tenido puestas todo el día?

Aquel juego, el de mantenerme semivestida a pesar de que él ya estaba en calzoncillos, parecía excitarle. Josh estaba resultando toda una sorpresa. De repente estaba allí, deseándome, queriendo arrancarme hasta la última pieza de ropa y por alguna razón conteniéndose, estirando toda aquella intimidad para tantear nuestro límite.

—Unas horas —contesté.

Mi tono de voz denotaba anhelo y un punto de desesperación. Si mi ropa interior no fuese aquel conjunto negro de encaje Josh ya habría visto la mancha de humedad que se estaba ensanchando en la tela. Se acercó y aspiró. Entonces sacó la lengua y la paseó por encima del

encaje.

—¿Te gustan? —le pregunté.

—Por supuesto.

Se arrastró por mi cuerpo hasta que nuestros labios se encontraron de nuevo. Mientras me besaba su mano se deslizó dentro de mis bragas, sumergiéndose en mis pliegues húmedos. Su toque era suave pero calculado. Tierno pero poderoso. Me acariciaba de todas las maneras correctas y esos gestos, junto con sus potentes besos, me mareaban de placer.

Era demasiado.

Josh se colocó encima de mí, haciendo evidente su propia excitación, el bulto bajo sus calzoncillos que ya no podía disimular y que pugnaba por revelarse. Me besó de nuevo, hasta el olvido.

No recordaba la última vez que disfruté de algo tan íntimo con un hombre, y me daba la sensación, allí tumbada debajo de su cuerpo, de que era el único hombre que había priorizado mi placer.

Agité mis caderas contra los movimientos metódicos de su mano, gimiendo en su boca, mientras nuestras lenguas se enredaban una y otra vez.

Entonces empezó a acariciarme más rápido, frotando dos de sus dedos contra mi clítoris hinchado. Aplicaba presión y velocidad a la perfección, leyendo cada uno de mis gestos de placer. Clavé mis dedos en su nuca mientras llegaba la oleada de placer. Unos segundos antes noté cómo todo se acumulaba en mi vientre. Era abrumador.

—Josh, me corro.

La última palabra fue casi un grito. Él sonrió.

—Eso es.

Y fue entonces, entre mis propios espasmos, cuando Josh encajó su sexo dentro de mi cuerpo. Me lo metió con un movimiento rápido y certero, como si el culmen de su propia excitación fuese empezar a follarme cuando yo ya estaba inundada por mi propio orgasmo. Gimió en cuanto llegó al fondo. Yo lo acogía entre gritos.

—Creo que va siendo hora de quitarte del todo ese vestido —me dijo.

Se detuvo un instante, aunque parecía que le resultaba difícil volver a salir de mi cuerpo, para quitarme los últimos trozos de tela que me cubrían.

—Estaba deseando verlas —dijo, admirando mis generosos pechos.

Enterró su cabeza entre ellos y fui consciente de que la ola de placer iba a regresar. Nunca me había pasado eso. Nunca me había excitado de nuevo tan rápido después de un orgasmo. ¿Qué estaba pasando allí? Hacía mucho tiempo que no estaba con ningún chico. Había pasado una larga etapa de apatía y no había sentido interés por nadie. Era como si Josh hubiese llegado para desbloquear todo eso.

Ya totalmente desnuda volvió a hundirse en mí. Me costó unos instantes amoldarme a su considerable tamaño, a su descomunal dureza. Enterró sus dedos en mi melena mientras me follaba, sus ojos clavados en los míos. Nuestros cuerpos se acompasaron al instante.

—Josh…

No podía más. Y él tampoco. Aumentó el ritmo de sus embestidas y yo me revolví debajo de su cuerpo, buscando el punto de máxima fricción, el milímetro exacto que me iba a arrastrar de nuevo al éxtasis.

—Dios mío, Amy. No puedo más.

Josh hundió la cara entre mi hombro y mi rostro. Noté su aliento agradable y caliente junto a mi oído, seguido de un largo gemido. Hizo un amago de apartarse e instintivamente lo rodeé con mis piernas, lo empujé hacia mi núcleo. Noté como su esencia reptaba por el interior de mi cuerpo, atrapándome aún más en su telaraña. Después se desplomó sobre mi cuerpo y yo lo abracé. Ese día no fuimos a patinar.

CAPÍTULO 12

Supongo que después de algo tan intenso venían unos días de descompresión.

Ese era el último día que Bella y yo estábamos en la oficina antes de unos merecidísimos días de descanso. Estábamos contentas, principalmente porque no había demasiado trabajo y todo el mundo, incluido Mordor, estaba de un inusitado buen humor.

—¿Vas a contármelo de una vez? —me preguntó Bella, exhibiendo una sonrisa enigmática.

Suspiré, y después contesté de forma automática, casi sin pensar:

—Se llama Josh.

—Lo sabía —vino corriendo y me agarró del brazo—. Dame más datos.

—Tiene un restaurante con su socio. Van a abrir un segundo local en el sur de Manhattan. Tiene un sentido del humor peculiar. Disfruta mucho haciéndome rabiar pero eso está yendo ya un poco a menos. Ah, y odia la Navidad. De hecho no puedo confiar al cien por cien en que esté conociendo al verdadero Josh ya que, según él, estos días le ponen "de mal humor". Y creo que eso es todo cuanto te puedo decir por ahora. Hemos avanzado lo suficiente como para que no se desmorone de repente, pero tampoco las tengo todas conmigo.

Bella parpadeó, tratando de asimilar toda esa información. Exhibió una gran sonrisa.

—¡Amy! Es genial, ¿no? Todo eso suena muy bien. Me alegro mucho.

—¿He dicho ya que odia la Navidad?

Hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Nadie es perfecto. A mí tampoco me emociona.

Faltaban dos días para la Nochebuena y yo no tenía grandes planes. Iba a ir a Albany a pasar dos días contados con mis padres y mi hermana. Se lo había comentado a Josh pero, a decir verdad, no habíamos hablado del tema. Él no había mencionado ningún plan familiar.

Lo que sí habíamos concretado era una peculiar cita esa misma tarde. Íbamos a ir a patinar sobre hielo, al Rockefeller Center.

No había sido idea mía, exactamente. Solo surgió. Supongo que era

el plan pospuesto al que había renunciado con la única intención de quedarnos en la cama el resto de la tarde y de la noche. Había estudiado cualquier gesto de Josh ante mi deseo de ir a patinar. Me había dicho que *sí*.

Esa tarde salí de la oficina con el tiempo justo para llegar a la pista de hielo. Fui dando un paseo de unos cuarenta minutos que me sirvió para poner una especie de barrera emocional con mi jornada laboral y para intentar entender, por enésima vez, los sentimientos que me embargaban desde esa noche. La noche que habíamos pasado juntos. Solo habían pasado un par de días y no se había repetido. Ambos nos habíamos dejado un poco de espacio para procesar algo que parecía incontestable. Algo de lo que yo ya era consciente:

Que aquello no era algo pasajero.

Sentía algo por Josh y me aterrorizaba decirlo en voz alta, por si se desmoronaba como un castillo de naipes.

Supongo que si dudas de si la otra persona siente algo parecido es porque algo no va bien. Y no eran dudas exactamente lo que tenía con respecto a Josh. Cuando dejó mi apartamento a la mañana siguiente no sentí ningún vacío ni me invadió esa odiada ansiedad. De algún modo, sabía que nos reencontraríamos pronto, principalmente porque él mencionó esa posibilidad.

Y sin embargo, ese día, después de haberme abierto en canal delante de Bella y de poner rumbo hacia el corazón helado de la ciudad, algo en mi interior me avisó de que las cosas no iban bien.

Josh y yo nos habíamos mensajeado brevemente durante esa mañana. El punto de encuentro era una cafetería que estaba en la Quinta Avenida con la Calle 49. Llegué dos minutos tarde, acelerando el paso en los últimos metros. Recuerdo que pensé que mi idea de caminar tal vez no era la mejor. No me gustaba llegar tarde. En los últimos metros fui consciente de los nervios que se habían acumulado en mi estómago. Era raro de explicar, como si mi intuición me estuviese avisando de que algo no iba bien.

Por suerte no esperé a la intemperie. Entré en la cafetería, pedí un café *latte* y coloqué mi móvil sobre la mesa. Le envié un mensaje a Josh comunicándole el sitio exacto en el que estaba.

Esperé diez minutos. Quince. Y no venía.

Empecé a preocuparme y a mirar el móvil inquieta. Seguro que había una explicación lógica. Algo había surgido, un atasco de tráfico, un problema de última hora en el restaurante. Su mensaje llegó al cabo de media hora:

No puedo ir a patinar, Amy. Lo siento mucho. Sobre todo por avisar a

última hora. Discúlpame.

Eso fue todo. Escueto, sin emoticonos, sin ofrecerme una alternativa o una posibilidad de reencuentro.

Sentí ganas de estampar mi teléfono contra el suelo. No entendía nada, y sin embargo sabía muy bien que no debía contestarle en ese momento, que no debía pedir una explicación porque, esta era la cruda realidad: en el fondo no nos conocíamos.

Le había lanzado mi corazón al vuelo, arrastrada por esa cantinela navideña que sonaba a todas horas entre aquellos rascacielos; y lo había hecho con demasiada alegría, ignorando cualquier prudencia.

Hundí el rostro entre mis manos enguantadas y ahogué el llanto, y entonces recordé que el Grinch podía ser también cruel.

CAPÍTULO 13

Era el día previo a la Nochebuena. Esa mañana madrugué más de lo habitual —o más bien, apenas había dormido—. A las siete, cuando aún no había amanecido, le envié un mensaje a Bella y le dije que no iría a la oficina, que me quedaría trabajando desde casa.

No le di más explicaciones y supongo que le iba a fastidiar. Habíamos planeado pasar una mañana relajada en una oficina casi desierta, desayunar y tal vez salir un rato a hacer algunas compras.

No estaba de humor, obvio, y mucho menos después de la noche de insomnio y llanto que había pasado. No había tenido más noticias de Josh después del mensaje en el que me plantaba.

Por un momento cobraban sentido esos extraños rumores sobre él, corroborados por él mismo. Los que me habían alertado que aquellas fechas no eran el mejor momento para empezar nada con él, tal vez ni para conocerlo siquiera. Estaba dolida y confundida, y aunque existía la posibilidad de que ir a la oficina sirviese para despejarme y ocupar mi mente con algo que no fuese el maldito Grinch, opté por quedarme en casa.

A media mañana supe que eso también había sido un error. Mi propio apartamento era un lugar contaminado por la esencia de Josh.

Me levanté de un salto de la cama, donde había regresado con mi ordenador portátil después de haberme tomado un café, y arranqué de ella las sábanas, aún impregnadas lejanamente con su perfume. Puse sábanas limpias y metí las otras en la lavadora.

No estaba bien, y lo peor de todo era que a la mañana siguiente tenía que tomar un tren hasta Albany para estar con mi familia. No estaba de humor para reuniones familiares, sobre todo porque sabía a ciencia cierta que mi tía Marsha me preguntaría si había “alguien especial” en mi vida y eso tensaría el nudo en la garganta que hacía horas que se había formado.

No iba a aguantar eso. De repente decidí que tenía que hablar con Josh. Necesitaba entender por qué no había acudido a nuestra cita y, si todo saltaba por los aires, entonces para mí era mejor saberlo antes de marcharme a Albany.

Me planté delante de mi armario y busqué un pantalón vaquero y un suéter. Después me coloqué delante del espejo. Me recogí el pelo

en una cola de caballo alta y me envolví en una de mis largas bufandas. Iba a ser muy complicado hacer algo con esas ojeras, producto del insomnio y de aquella descorazonadora preocupación, pero me esmeré con el corrector y con algo de máscara de pestañas *waterproof*. Por si acaso.

Cogí el abrigo, las llaves y mi cartera y salí a la calle. Pronto sería la una del mediodía y el restaurante de Josh ya habría abierto sus puertas. Iba a su restaurante a afrontar la realidad. No tenía hambre.

Me acerqué a la puerta de *Owen & Joshua* dudosa, temiendo que estuviese metiendo la pata todavía más, aunque realmente no había hecho nada que pudiese comprometerme. Ni siquiera había respondido a aquel mensaje, para mí convertido en una afrenta. Sentía que no podía juzgarlo porque todavía no lo conocía. Todavía. La pregunta era, ¿quería seguir conociéndolo después de aquello? El corazón me decía que sí, que tenía que haber una explicación lógica.

Abrí la puerta del restaurante, que estaba casi vacío, pues aún no había empezado a llegar la clientela que solía almorzar allí. Eché un rápido vistazo en dirección a la barra, buscando a Josh. No estaba allí. Vi a Frances, la camarera que estaba el día de mi última visita. Y en el otro extremo de la barra había otro chico, más o menos de la edad de Josh. No lo conocía. Nunca lo había visto. Dudé antes de acercarme a él. Intenté mirar por encima de su hombro. Detrás estaba la puerta entreabierta que daba acceso a la cocina del restaurante. De repente algo me paralizó. ¿Qué hacía allí exactamente? ¿Pretendía pedir una explicación?

Me di me di media vuelta, en busca de oxígeno, de vuelta al frío de Manhattan, cuando una voz masculina exclamó a mi espalda:

—¡Eh, espera!

Me giré. Supongo que ya era tarde para huir.

—Eres Amy, ¿verdad?

Lo miré con curiosidad. Yo no tenía la menor idea de quién era. ¿Por qué me conocía él a mí? Me acerqué a la barra.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó—. Me temo que las natillas aún no están listas…

Vaya. Aquel tipo sabía demasiado.

—Gracias. Un café solo —le dije. Me temía que ese día mi cuerpo no admitiría nada más —. Y tú eres…

Me miró fijamente y después esbozó una sonrisa.

—Soy Owen. El socio de Josh.

Vaya. El Mago de Oz. Así que ese era el hombre con el que hacía negocios. Siempre he pensado que hay que ser de una pasta especial para abrir un negocio con alguien que no es de tu sangre. Has de confiar, no solo en que el otro no te la juegue, sino en que va a

trabajar con el mismo nivel de esfuerzo que tú mismo. No lo sé. Supongo que soy algo desconfiada por naturaleza.

—He venido a ver a Josh —admití.

—Lo imagino. Pero tal vez ahora no es un buen momento para…

Harta. Estaba cansada de aquella estúpida excusa de la Navidad. Resoplé y volví a ponerme en pie.

—Entonces creo que debería irme.

—¡No! Espera. Amy. No me has preguntado por qué sé tu nombre, por qué te he reconocido en cuanto has entrado.

Lo miré, esperando su explicación.

—No sé si estoy muy de humor para misterios —le dije.

—Josh me enseñó tu foto. Me habló de ti. Me dijo lo importante que eras para él. La chica de las natillas de mango. Tuvo que usar la artillería pesada para convencerme de que le pasara la receta de la abuela Christa.

Me reí. Abrí la boca para contestar, pero la cerré de inmediato. Su socio tal vez no tenía ni idea de la jugarreta de la tarde anterior. Sentía que a cada minuto que pasaba la tristeza me abandonaba para dejar paso a un soberano cabreo. Pero no pude callarme. No pude. Es muy difícil callarme ciertas cosas cuando me tocan la fibra sensible.

—Si tan importante fuese para él no me habría dejado plantada ayer en el Rockefeller.

Owen respiró hondo y apoyó las manos en la barra.

—Mira, no sé muy bien qué ha pasado. No he coincidido con Josh desde hace un par de días. Solo me dijo que había venido por aquí una chica que le gustaba. No era una simple clienta. Pero son unas fechas complicadas para él.

—Por qué. ¿Por qué, Owen? ¿Por qué tanto misterio con la maldita Navidad? ¿Por qué todo el mundo intenta advertirme de que espere unos días para acercarme a él? Estoy paranoica ya. Ni siquiera he contestado a su mensaje de plantón porque no sé a qué atenerme.

Estaba hablando más de la cuenta, lo sabía muy bien. Owen estaba de su lado. Era su socio, y probablemente también su amigo. Quería controlar mis emociones desatadas, y eso para mí era muy difícil.

—Conociéndolo, puedo decirte que sé muy bien por qué canceló vuestra cita de ayer. Y solo puedo decirte que, si te interesa Josh mínimamente, le des unos días. Solo unos días…

Entonces sí. Me levanté, dispuesta a marcharme.

—No sé si tengo unos días, Owen. O si quiero esperar a alguien que no se comunica como es debido y que actúa como si estuviese amenazado por una especie de maldición.

Owen estiró la mano sobre la barra, buscando la mía.

—Espera. No debería contarte esto, pero siento que en el fondo le estoy haciendo un favor si lo hago.

Le hice caso. Aguardé sus palabras. Solo esperaba que fueran un consuelo, una boya a la que agarrarme.

Owen tomó aire y empezó a hablar:

—Josh ha tenido pocas relaciones con chicas, muy pocas. No sé cuánto te ha contado sobre sí mismo, pero adivino que no demasiado. Siempre ha estado muy concentrado en su trabajo, en nuestro trabajo y en el que ahora es nuestro negocio. Como sabrás abriremos pronto un segundo restaurante y tenemos grandes planes de futuro para *Owen & Joshua*. Así que nunca ha prestado demasiado atención a las chicas. Sentía que le robaban tiempo de lo que realmente le importa. Por eso supe, en cuanto me pidió esa receta, que tú eras distinta. Que eras importante. Pero eso no quita que tenga cierto trauma con…

—La Navidad.

—Así es.

—Pero por qué. No entiendo nada. Mira, Owen, comprendería que hubiese perdido a alguien de su familia en estas fechas y que sean especialmente complicadas para él. Pero sería tan fácil como decírmelo y…

Owen negó con la cabeza.

—Supongo que tengo que ser más explícito. Y no sé si tengo derecho a meterme en esto. Pero siento que si no te lo digo no os estoy ayudando. Amy, Josh solo ha tenido dos relaciones más o menos serias. Fueron en el pasado, pero ambas fueron importantes. Las dos veces creyó que esas chicas se quedarían a su lado. Que acabarían convirtiéndose en su esposa. No pasó en dos años correlativos, ni mucho menos. Esto sucedió en el transcurso de una década, desde que terminamos de estudiar.

—Todos tenemos un pasado. Lo que me pregunto es qué tiene eso que ver conmigo…

Owen suspiró. Se inclinó un poco más para revelarme el secreto, aunque Frances, la camarera, estaba lo suficientemente lejos como para no oírnos.

—Esas dos chicas lo dejaron el día antes de Nochebuena, Amy. Por eso él se negó a verte ayer. Cree que es una estúpida maldición. Y cree en ella más intensamente desde que te conoció hace unas semanas.

Salí del restaurante, agitada, casi sin poder creerme nada de lo que Owen me había contado. ¿Una maldición prenavideña? Me hubiese reído si no fuera porque aquello me estaba pasando a mí y porque su ausencia seguía doliéndome. ¿Y se suponía que tenía que esperar a qué? ¿A que pasara la Nochebuena? ¿A que llegase el nuevo año?

Eché a andar por la calle 49, buscando algún sitio en el que almorzar y resguardarme del frío. Incluso pensé en pasarme por la

oficina, pero deseché de inmediato la idea, no fuera que me cayese algún marrón de última hora para el que no tenía tiempo ni energía.

Una maldición.

Josh había creído que yo lo iba a dejar esa tarde.

¿Dejar qué, exactamente? Ninguno de los dos había hablado de nada. No existía aún un *nosotros*, porque todo era convulso y apasionado y estábamos en un momento en el que solo pensábamos en pasear las manos por la piel del otro.

En ese momento, mi teléfono móvil vibró dentro de mi bolso.

Me quité el guante con los dientes y lo busqué, impaciente. Tenía un presentimiento. Podía ser él. Josh podría haberse arrepentido o tal vez Owen ya le ha había dicho que había ido a buscarlo.

Tenía un mensaje nuevo.

Pero no era de Josh.

Decía así:

Hola, Amy. Siento haber tardado en contactarte, pero he pensado que si estás libre esta noche y todavía te apetece, podríamos tomarnos una copa. ¿Qué piensas?

No tenía aquel número registrado en mi agenda, pero mi corazón y mi memoria me dijeron enseguida de quién era. Y en cuanto desplacé un poco el dedo sobre la pantalla vi su nombre y lo confirmé. El hombre que quería verme esa noche era Blake Emmons.

CAPÍTULO 14

Blake Emmons parpadeó. Echó un vistazo a su lujoso Rolex.

Aproveché para apurar el último trago de mi copa de vino.

—Gracias, Blake. Pero no hace falta que me acompañes. La verdad es que me apetece caminar un poco.

—Uhm, no estoy seguro de eso, Amy. Es un poco tarde…Y estamos a dos grados.

Miré el mío. Eran las diez de la noche, pero no era eso exactamente lo que me llamó la atención, sino que nuestra cita había durado exactamente una hora y diez minutos. Estuve a punto de decirle que la temperatura me era indiferente, que de hecho yo era la reina del hielo, pero todo ya me daba exactamente igual. Necesitaba desaparecer, esfumarme de allí. De inmediato.

Otra vez quería que se abriese un boquete en el suelo y me devorase. Vivir en las alcantarillas por tiempo indefinido con las ratas de Nueva York sería un martirio mucho más soportable y humano que aquella anti-cita. ¿Por qué? ¿Por qué pensé que aquel encuentro iba a curar mis heridas como si fuese un truco de magia barata?

Creo que no le dije adiós a Blake Emmons. Atravesé las puertas del hotel y eché a andar sin más, espantada por nuestra química nula y por el soberano aburrimiento que había supuesto aquel encuentro improvisado en el bar del hotel Belvedere.

Me iba a ir a casa a enterrarme entre las sábanas. Tenía que madrugar al día siguiente, ir hasta Central Station y poner rumbo a Albany en tren, pero en ese momento me di cuenta de que estaba muy cerca de la pista de patinaje del Rockefeller.

¿Y sí…?, pensé.

¿Y si patino un rato antes de irme a la cama?

Esa noche, previa a la Nochebuena, la pista estaba abierta hasta la medianoche.

La voz de Blake Emmons ya se había perdido entre el rumor del tráfico. Nuestros caminos nunca volverían a cruzarse, de eso ya estaba segura.

Me arrepentía de haber acudido a aquella cita forzada y sinsentido, aunque también había decidido perdonarme a toda prisa.

No estabas en tus cabales cuando aceptaste, Amy, pensé. Pero al

mismo tiempo supe que acudir a ese encuentro en el bar del Belvedere iba a ser como cerrar un absurdo ciclo. El año nuevo estaba a la vuelta de la esquina y tenía que empezarlo bien.

Era obvio que Blake era atractivo. Seguía siendo el mismo dios griego que vi de día en el restaurante. Y también era evidente que seguía emparejado con la dama de la copa voladora, que algo intrínseco, irracional e inquebrantable les unía, que no se dejarían el uno al otro a pesar de que sabían que todo era una farsa. Y yo jamás me metería en un jardín de ese tipo.

Durante el rato que compartimos Blake solo se refirió a ella como "Evelyn". No me dijo que era su novia, ni su prometida, ni su esposa. Solo se disculpó por su ataque.

Mientras hablaba de sus últimos viajes y la propiedad que había comprado en Vermont, dejó caer que esa noche estaba solo en casa, y que tal vez podíamos continuar con nuestra charla allí. Después me dijo que se había sentido muy halagado al recibir mi nota en el restaurante de Josh.

—Hacía siglos que eso no me pasaba, Amy. Tal vez nadie lo diría, pero es muy difícil que una mujer reúna la valentía necesaria para hacer lo que hiciste, para mostrar tu deseo de una manera elegante y natural…

Dios mío, tenía ganas de vomitarme en la boca.

Asentí, y fue entonces cuando empecé a lanzar miradas furtivas hacia la puerta giratoria del bar del hotel.

Lo dicho. Un completo desastre, pero un desastre que ya había empezado a olvidar, cinco minutos después de que Blake Emmons desapareciera de mi vista.

Pagué los once dólares que costaba la admisión a The Rink, la pista de patinaje sobre hielo más famosa del mundo. Después fui a buscar unos patines de mi talla y dejé mi teléfono dentro de mi bota izquierda, ignorando la lucecita que me indicaba que había recibido un mensaje de Blake Emmons, en el que me preguntaba si podíamos volver a vernos cuando pasaran "estas fechas".

Me iba a deslizar por la pista por última vez antes de la Navidad e iba a hacer las paces conmigo misma.

Las últimas semanas habían sido un auténtico torbellino, una ventisca de emociones de esas que te arrasan cada cuatro o cinco años. Son infrecuentes, inestables y las rememoras hasta el final de tus días. A lo mejor son ese tipo de aventuras que recuerdas en la noche antes de tu boda, cuando por fin has encontrado lo más parecido al hombre de tu vida que habita en tu imaginación desde que tienes uso de razón.

Dios mío, era una romántica y nunca lo había reconocido en voz alta.

Mi ánimo se atemperó en cuanto deslicé el pie derecho sobre el hielo y me adentré en la pista. Me sentí en armonía conmigo misma. Pensé que el frío que subía desde el suelo y que enrojecía mi nariz era uno de los mejores regalos que iba a recibir ese año.

A esas horas la pista estaba ya casi vacía. Tal vez eran veinte las personas que, con mayor o menor habilidad, trataban de conquistar el hielo. Entre ellas, una figura llamó mi atención de inmediato. Era un chico alto, parapetado dentro de un grueso abrigo y con un gorro de lana azul.

De repente, como si yo misma lo hubiese provocado con un rayo láser, levantó el pie más de la cuenta y se cayó de culo sobre el hielo. Casi me reí disimuladamente. Sin embargo, estaba tan acostumbrada a ver escenas similares que un aterrizaje más o menos ya no me hacía tanta gracia. Por suerte estaba muy cerca de la valla protectora que rodeaba la pista y pudo ponerse en pie rápido. Se agarró a la barra cilíndrica que ejercía como asidero.

Y entonces fue como si el hielo conquistase mi cuerpo.

Era Josh.

Era Josh, y también era un pésimo patinador.

¿Qué hacía allí, solo, a aquellas horas de la noche, tratando de mantener el equilibrio debajo del monstruoso árbol de Navidad del Rockefeller?

Mis piernas me respondieron: simplemente se deslizaron en su dirección. Crucé la pista hasta llegar al dichoso y accidentado Grinch.

Todo lo que nos rodeaba era amenazante, después de la información que Owen me había dado: luces, frío, un abeto sobredimensionado cargado de brilli-brilli y un villancico de Mariah Carey sonando sobre nuestras cabezas. Todos los ingredientes correctos para la receta del último desastre de Amy & Josh.

—¿Necesitas ayuda con tu técnica? —le pregunté.

Dio un respingo al oír mi voz.

Y después sus ojos se iluminaron al verme y solo entonces respiré tranquila. Al ver su sonrisa supe que podía tomar ese tren a Albany sin preocuparme más, porque Josh iba a estar en el andén esperándome cuando decidiese volver.

Sonrió mientras buscaba mi mano.

—Supongo que ahora entiendes por qué no podía patinar contigo. Hubiese hecho uno de los mayores ridículos de mi vida. Necesitaba practicar primero, Amy.

Se apoyó en la valla protectora, bien sujeto al pasamanos.

—Oh, Josh. ¿Se puede saber qué hacer aquí a estas horas de la noche, patinando tú solo?

—Patinando, en este contexto, es una palabra muy optimista.

Tengo el culo mojado por las ocho veces que ha aterrizado sobre el hielo. Pero de verdad que quería volver aquí contigo y esta es la hora en la que menos gente puede presenciar mis caídas de culo.

Sonreí.

Cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse desvié la mirada en dirección al árbol. Aún estaba dolida.

—Amy, siento mucho no haber venido ayer. Fui un completo idiota.

—Fui a verte al restaurante y Owen…

—Sí, lo sé, he hablado con él. No tengo una buena excusa. Es solo que el temor me paralizó. Pero entendí enseguida que no estaba siendo justo contigo…Lo siento. Me di cuenta de que no quiero esperar días para volver a verte. No quiero esperar a que termine ese condenado villancico para besarte otra vez.

Abrí la boca para airear mi pequeño pecado, la no-cita con Blake Emmons; pero por suerte me callé a tiempo. Aquello no había significado absolutamente nada y aún iba a necesitar un tiempo para procesar lo que me había impulsado a creer que Blake podía ser una tirita eficiente.

Josh se soltó por completo del pasamanos y se tambaleó por momentos, pero logró conservar el equilibrio. Me envolvió con sus brazos y yo me estremecí entre ellos a pesar del frío y de la música, y de los desconocidos testigos de nuestro reencuentro. Después cogí a Josh de las manos, dispuesta a enseñarle a patinar. Avanzamos unos metros, ya con más estabilidad, pero él se detuvo en mitad del hielo y me atrajo de nuevo hacia su cuerpo.

—No puede haber ninguna maldición navideña a tu lado, Amy. Y si la hay, vamos a deshacerla ahora mismo.

¿Cómo no iba a besar al Grinch en aquel escenario? ¿Cómo no iba a acomodar sus labios sobre los míos, convertidos ya en una página en blanco?

Josh y yo nos reencontramos esa noche del veintitrés de diciembre sobre el hielo, preparados para enterrar maldiciones y escribir juntos el primer capítulo de nuestra historia interminable, aunque os parezca que es el último.

TAMBIÉN DISPONIBLE

CINCO VERANOS HASTA ENCONTRARTE

¿Puede un amor interrumpido durante cinco años volver a ser el que era?

Miranda vuelve a casa después de cinco años viviendo en Noruega, soltera y dispuesta a empezar una nueva vida. Se acerca el solsticio de verano, la quinta noche de San Juan desde que se separó de Isaac, ahora convertido en un músico de éxito. Aquella última noche Isaac le rogó que se encontrasen en el mismo sitio y a la misma hora, dentro de cinco años. Ha llegado el momento. Miranda siente que la llama podría encenderse de nuevo y convertirse en toda una hoguera, pero, ¿se acordará Isaac de su cita?

*****

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic aquí. Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

*****

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en mi página de autora de Amazon, donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha en ebook y papel.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer mis mininovelas románticas?
¡No te pierdas mis series de relatos!
Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

El largo verano del amor
Un amor desértico
Un amor feroz
Un amor oculto

Millonarios de Manhattan
Millones de razones
Docenas de rosas
Altas dosis de protección
El yate del deseo
Fuego en la mirada
La rehén del millonario

No deberíamos
Algo atrevido
Algo arriesgado
Algo temerario
Algo prohibido

Hotel Paradiso
Las vacaciones que necesito
El océano que nos separa
El millonario que me espera
El náufrago que la sedujo
La estrella que se esconde
El detective que me sigue
El heredero que regresa
El mafioso que la reclama

Serie MINIS
Todo por un anillo (Minis #1)
Todo por una entrevista (Minis #2)
Todo por una tormenta (Minis #3)
Todo por una aventura (Minis #4)
Todo por una película (Minis #5)

Oficina WonderBooks
Lejos de su ambición
Cerca de tu mesa
Fuera de mi alcance
Hasta que fue inevitable

Las hermanas Alcott
Su eterna promesa
Su eterna presencia

Pasión sin fronteras

El turco
El profesor de inglés
La reportera
Mercurio retrógrado

Los hombres de la montaña
A ocho metros del leñador
A cinco minutos del guardabosques

Título independiente
La huida de Bella